

SANTIAGO B

Francisca Demian



| | Página |
|----------------------------|--------|
| El Trabajo..... | 3 |
| El Ritual | 25 |
| Sábado Santo | 31 |
| La Escuela de Teatro | 53 |
| ¡Bang! | 73 |

EL TRABAJO

Mientras apuraba el paso hasta casi correr, Felipe trataba, desesperadamente, de recordar cuál era el Santo que, según su abuela, otorgaba buenos trabajos. Mentalmente barajaba tres o cuatro nombres y, como no pudo recordar con certeza cuál era el indicado, decidió ofrecer oraciones a todos con tal de conseguir el empleo para el que estaba citado a entrevista dentro de algunos minutos.

Miró el reloj y se dio cuenta que el intenso tráfico de esa hora, con su consiguiente taco, le habían retrasado más de lo conveniente. Se apuró aún más aunque sin llegar a correr: no podía presentarse agitado y sudoroso a una entrevista.

Por enésima vez saco del bolsillo el papel, ya arrugado, donde había escrito la dirección y, pese a que no había dejado en ningún momento de repetir mentalmente el número de la calle, volvió a repasarlo mientras miraba la numeración frente a la cual se encontraba.

Faltaba solo una cuadra y desde allí pudo observar la antigua casa de ladrillos, con aspecto de castillo, que se encontraba justo en la intersección de la avenida principal con una estrecha calle sin salida. Tuvo la corazonada de que esa era la dirección que buscaba y, disminuyendo un poco la velocidad de su marcha, respiró hondamente, mientras con la mano se ordenaba el pelo.

Ocho meses de cesantía e innumerables entrevistas de nulo resultado le predisponían a una contradictoria sensación de serenidad y nerviosismo. La primera se la otorgaba el hecho de encontrarse frente a una situación ya conocida e incluso tediosa en que respondía, casi maquinalmente, las mismas consabidas preguntas con las mismas estudiadas respuestas; el nerviosismo, en tanto, provenía de su desesperada situación y de la urgencia de que esta fuese, al fin, la entrevista definitiva.

Había llegado ya frente a la vieja casona constatando que esta correspondía, efectivamente, al número que buscaba. Contemplándola en una rápida ojeada pensó cuán extendida estaba entre las grandes empresas la costumbre de comprar o arrendar

estas casas antiguas para remodelarlas, convirtiéndolas en oficinas. Pensó, con un dejo de ironía, que con esto los grandes empresarios, seguramente, sentían que contribuían a la mantención del patrimonio cultural del país. “Y tal vez así sea”, se recriminó inmediatamente.

Una reja de color verde rodeaba el antejardín que se extendía por la parte delantera de la casona; sin embargo, esta reja no tenía puerta alguna. Tras una rápida constatación de este hecho, Felipe retrocedió algunos pasos hacia la calle que hacía esquina con la casa. Era, más bien, una callejuela angostísima y sin salida y a todo su largo las casas mantenían el mismo estilo castellano: pequeños torreones, puertas ojivales, ventanas minúsculas. Apenas un farol se divisaba justo en la mitad del callejón y Felipe no pudo dejar de pensar en lo oscuro que sería este por las noches.

Por el lado de este callejón la reja terminaba insertándose en la muralla de la casona y por allí caminó algunos metros Felipe, buscando en este lado la entrada a la empresa. Pronto se dio cuenta de que había llegado a la casa vecina. Desconcertado miró hacia atrás buscando en vano la inexistente puerta. Volvió, entonces, sobre sus pasos y recorrió nuevamente toda la extensión de la reja deteniéndose frente al sitio donde estaba la placa con el número de la avenida. Era el correcto, no había duda. Pero, ¡en ninguna parte se veía puerta alguna! Volvió de nuevo por el costado alejándose un poco más que la primera vez constatando la numeración de la siguiente casa. Tocó el timbre decidido a consultar allí, pero nadie salió. Tocó entonces durante algunos minutos insistentemente mientras, angustiado, miraba el reloj. Era ya la hora exacta de la entrevista.

Se dirigió entonces hacia las ventanas, más altas de lo normal, por lo que tuvo que empinarse sobre sus pies para mirar, con el máximo disimulo, hacia el interior. Lo que vio le pareció una oficina como cualquiera: algunas personas sentadas frente a un escritorio, una secretaria digitando en el teclado de su computador mientras a su lado humeaba una taza de café recién servido y un hombre como de su misma edad hablando, sonriente, por teléfono.

Por un instante pensó en golpear el vidrio y decir que no encontraba la entrada, pero sintió vergüenza. Avanzó algunos pasos y se empujó en la siguiente ventana; miró al interior en el preciso instante en que un hombre ya mayor, pero tremendamente distinguido y elegante, se inclinaba sobre el escritorio de una joven que debía ser su secretaria y a la que, aparentemente, consultaba algo. La joven buscó en los papeles que se encontraban sobre su escritorio y tomando algunos se los alcanzó a su jefe, quien después de echarles una rápida ojeada, consultó su reloj.

Felipe sintió que sudaba helado; tuvo la certeza de que aquel hombre era quién debía entrevistarle y verificaba la hora de la cita, conciente del retraso. Esto lo decidió. Esperó que el hombre saliera de la oficina y golpeó el vidrio. La joven se volvió y pareció que lo observaba; luego se levantó de su escritorio y, con toda calma, se acercó a la ventana.

Felipe sintió que le dolían las puntas de los pies, pero no quiso abandonar su incómoda posición hasta que la joven hubiese abierto la ventana. Sin embargo, esta no lo hizo y después de mirar algunos instantes a través del vidrio e incluso a través de Felipe – así al menos lo sintió él – volvió con la misma calma a su escritorio sacando de uno de los cajones de este una cajetilla de cigarros. Felipe golpeó de nuevo, con más fuerza, en el momento en que la joven encendía uno de ellos y, fumando, se acercaba otra vez a la ventana. Nuevamente la muchacha miró a través del vidrio y como no diera señales de verlo, Felipe, perdida ya toda timidez por efecto de la desesperación, comenzó a gesticular y hablar fuertemente enfrente de ella para hacerse notar, pero la joven continuó fumando tranquilamente sin dar señal alguna de enterarse de su presencia.

De pronto Felipe se sintió invadido de un opresivo sentimiento de absurdo, o mejor dicho, se sintió francamente ridículo. Miró en todas direcciones sin poder definir si sentía vergüenza, angustia o simplemente desconcierto ante tan inusual situación.

Vacilante, se alejó del vidrio tras el cual continuaba la joven con la mirada perdida y dirigiéndose a la primera ventana repitió los golpes y gritos sin conseguir que nadie

detuviese ni por un segundo siquiera su concentrado trabajo. Volvió, entonces, a caminar por la avenida, inspeccionando la reja centímetro a centímetro, en busca de un timbre, candado o cualquier vestigio de entrada, pero, ya con franco horror, debió reconocer que no había efectivamente nada de ello.

Miró el reloj y vio que había pasado más de diez minutos en estos afanes; diez minutos de retraso para la entrevista. De reojo miró por sobre la reja y más allá del jardín. El espectáculo de los trabajadores continuaba inalterable dentro del ambiente típico de cualquier oficina: algunos escribían o conversaban animadamente entre ellos mientras otros sorbían café o hablaban por teléfono. Volvió a sentir un escalofrío helado recorriéndole la espalda. No atinaba a encontrar explicación para aquel absurdo.

Dándose por vencido decidió irse de allí, pero en cuanto comenzó a alejarse vino a su mente la imagen de Leonor, su mujer. ¿Qué le respondería cuando le preguntara como le había ido? ¿le diría que nunca rindió la entrevista porque ¡no encontró la puerta de entrada!? Seguramente Leonor se enojaría o lo interpretaría como una tonta excusa para ocultarle el hecho de haber sido nuevamente rechazado de un trabajo ¡Con lo precario de su situación!

Estos pensamientos le hicieron detenerse y tras unos segundos de vacilación decidió preguntar en algún negocio cercano o un kiosco de diarios. Ya vería como explicaba el atraso. Decidido se dirigió en una botillería ubicada en la esquina siguiente y preguntó a la única vendedora por el nombre de la empresa; esta, decepcionada, al ver que no se trataba de un cliente, le contestó de mal modo “en la otra esquina”, y, sin más miramientos se volvió a atender a un cliente que sí iba a comprar y no a hacerla perder el tiempo. Felipe salió exactamente igual a como había entrado. Al mirar en dirección a la casona divisó al barredor municipal que en ese momento aseaba la vereda justo frente a esta. Apuró el paso para alcanzarlo en el mismo lugar.

El hombre se mostró mucho más dispuesto a cooperar que la vendedora y así le informó que como ese era su recorrido habitual, ubicaba muy bien la empresa.

Tímidamente, Felipe le preguntó si sabía cual era la puerta de acceso. Extrañado. El barredor miró la reja y recién entonces pareció percatarse de que algo raro ocurría. Sin responder miró de reojo a Felipe y este, desesperado, al pensar que el hombre podría irse dejándolo de nuevo a solas con el absurdo, sin más preámbulos le contó el motivo de su visita y el absurdo de no poder encontrar la puerta para ingresar. Vivamente interesado el hombre soltó el escobillón y, al igual que lo hiciera antes Felipe, comenzó a recorrer toda la extensión de la casa buscando centímetro a centímetro la invisible entrada. Hizo el recorrido de ida y vuelta y cuando al fin terminó su rostro expresaba todo el mismo desconcierto que Felipe imaginaba en el suyo.

- Pucha, hartoo raro, ¿no?
- Dígame, ¿Ud. ha visto entrar o salir alguien alguna vez?
- No, la verdá, nunca. No me había dao cuenta.
- ¿Ve? Es muy extraño
- Y en las casas de al lao ¿se le ocurrió preguntar?
- Fue lo primero que hice, pero parecen deshabitadas. Nadie me abrió; es imposible que la entrada sea por alguna de ellas.
- Hummm... Mire ¿y si golpeamos una ventana?
- Ya lo hice, pero tampoco me escucharon. Es más, una joven se acercó en una oportunidad, pero, pese a que le grité y golpee el vidrio frente a ella, sencillamente ¡no me vio!
- Pucha, hartoo raro ¿no? ¿por qué mejor no pregunta en algún negocio de por aquí?
- Es que no me atrevo. Lo intenté en uno y como no me hicieron mucho caso no me atreví a insistir. Es que se trata de una situación tan extraña y absurda que hasta da un poco de vergüenza preguntar algo así.
- Hummm.... Pucha, hartoo raro ¿no? Va a tener que irse no más, poh. ¿Qué más va a hacer aquí? Algo raro debe haber en esta custión. A lo mejor hasta están metios con la droga. Váyase mejor, ya encontrará otro trabajo, amigo.

Y diciendo esto, con la cara aún consternada, recogió su escobillón y se alejó empujando el depósito de basura. Todavía se volvió una vez más a mirar a Felipe,

quien parecía clavado al suelo y, encogiéndose de hombros le sonrió levemente, mientras apuraba el paso como si algo le hubiera asustado.

Resignado, Felipe, comenzó a inventar la excusa que daría en su casa: que la renta era muy baja, que solo se trataba de un reemplazo, o sencillamente, que debía esperar una decisión que le sería comunicada por teléfono, posteriormente. Leonor lo olvidaría, como había olvidado otras tantas ocasiones similares, ya que las consabidas respuestas “por sí o por no” nunca llegaban.

Un sentimiento de rabia lo invadió y, arrastrado por él, quiso dar una última vuelta alrededor de la casa, esperando tal vez que una especie de milagro le hiciera encontrar lo que buscaba infructuosamente por más de media hora.

El sol se había ocultado tras las nubes y el día se había puesto particularmente gris, como si estuviera a punto de llover, y la estrecha callejuela lateral, húmeda y sombría de por sí, se veía ahora particularmente oscura.

De pronto, algo en lo que Felipe no había reparado en ninguno de sus paseos anteriores, se interpuso en su camino: una tapa de alcantarilla, levemente levantada por sobre el nivel del suelo. Los pies de Felipe tropezaron en ella y, cogido por sorpresa, no pudo hacer nada por frenar la violenta caída. Su cabeza impactó contra el afilado borde de la cuneta y, pese a que aún intentó incorporarse, una nube negra envolvió sus sentidos y no supo nada más.

.....

Un fuerte dolor de cabeza, justo sobre la ceja izquierda, fue lo primero que percibió al recuperar la conciencia. Con los ojos aún cerrados sintió una mano que palpaba su cabeza exactamente en el sitio del dolor.

Con un gemido abrió penosamente los ojos, pero no logró distinguir nada ya que le cegó una fuerte luz de neón. Cerró nuevamente los ojos, apretándolos, mientras, ya más consciente, percibía que se encontraba sentado, levemente inclinado hacia atrás y con la cabeza afirmada sobre almohadones. Se ladeó un poco y volvió a abrir los ojos. Esta vez pudo distinguir tres personas a su alrededor y notó que la luz de neón había sido apagada. Cuando logró fijar la vista vio en los tres rostros sonrisas amables y comprensivas.

Atontado, sin saber muy bien que debía hacer, intentó incorporarse, pero unas manos firmes le retuvieron contra la silla.

- No, no se mueva, por favor. Quédese tranquilo. ¿Siente mucho dolor?
- Un poco
- No se preocupe, no fue nada de importancia; solo un tajo en su frente, pero ya lo hemos curado.
- ¿Dónde estoy?
- En “Servicios y Asesorías Ltda.”, la empresa que le citó a entrevista.
- ...¿Cómo?...
- Le reconocí por la foto en su Curriculum. Quédese tranquilo. El Sr. Conte, el gerente, está tremendamente preocupado y dispuesto a entrevistarle en cualquier momento en que se sienta mejor, u otro día si usted lo prefiere.

Felipe observó el rostro de la joven que le hablaba. Sí, era la misma que había observado a través de la ventana y cuya atención había intentado captar. Las otras dos personas se habían alejado discreta y silenciosamente en el transcurso de la conversación.

Nuevamente intentó incorporarse y esta vez nadie le retuvo. Se sentía atontado, sin saber que hacer o decir. La joven volvió a sonreír y Felipe pensó en lo tremendamente hermosa que era.

- ¿Quiere irse? ¿Se siente bien ya?
- Sí, estoy bien; pero me preocupa la entrevista
- Como le dije don Bautista está dispuesto a hacerla cuando usted quiera.
- ¿Podría, entonces, ser ahora mismo?
- Claro, pero ¿se siente ya suficientemente bien?
- Sí, por supuesto. Bueno, la verdad es que me siento...un poco tonto.
- ¿Por qué? – la joven rió mostrando sus dientes perfectos – A cualquiera podría ocurrirle. Yo misma he tropezado alguna vez con esa tapa. No tiene que sentirse mal por un accidente. Además, don Bautista me aseguró que ahora se pondrá firme con la Municipalidad para que solucione este problema; ya habíamos reclamado antes, pero no nos hicieron caso.
- Bueno, entonces estoy listo – sonrió Felipe, aliviado ante la alegre amabilidad de la joven.
- Bien. En primer lugar debo decirle que mi nombre es Sandra y soy la secretaria de don Bautista Conte, el gerente general de la empresa. Si usted resulta ser el elegido para el cargo trabajaremos en forma directa. Ahora voy a avisarle a mi jefe que usted está listo para la entrevista.

El tono de voz de la joven se había vuelto ejecutivo. Cuando se levantó para dirigirse a una de las tres puertas de la oficina, Felipe pudo contemplar a gusto su perfecta figura y su caminar, seguro y decidido. Sí, pensó, era la clásica mujer de mundo, que trabajaba por gusto, no por necesidad, y que tiene el control absoluto de todas las situaciones y de todas las emociones. Al verla desaparecer tras la puerta, enfundada en su elegante dos piezas de color Burdeos, Felipe sintió una indefinible y culpable sensación, mezcla de resentimiento y deseo.

A los pocos segundos la joven apareció nuevamente, sin abandonar su perfecta sonrisa. Felipe no pudo evitar preguntarse cuantos años tendría.

- El señor Conte le espera; acompáñeme, por favor.

Felipe se levantó y caminó hacia la puerta que le indicaba la joven. Al llegar junto a ella, Sandra le introdujo a una amplia oficina, lujosamente alhajada, cerrando la puerta tras él. Apenas hubo traspasado el umbral, el hombre que se encontraba sentado frente al amplio escritorio que dominaba todo el centro de la magnífica oficina, se dirigió hacia él con ambas manos extendidas. Al instante Felipe reconoció al hombre maduro y distinguido que había divisado a través de la ventana. No se había equivocado; él era su entrevistador.

Bautista Conte colocó afectuosamente sus manos sobre los hombros de Felipe, remeciéndolo ligeramente.

- Hombre, ¿Cómo se siente?
- Bien, muy bien. En realidad no fue nada
- No sabe cuanto me alegro. Nos asustamos bastante al principio. Pero, por favor, tome asiento.

Agradeciendo, Felipe se sentó en uno de los dos sillones siales ubicados cada uno en uno de los costados del escritorio. Contempló unos segundos al hombre que tenía al frente mientras pensaba “tal secretaria para tal jefe”. Sí, indudablemente, Bautista Conte era un refinado hombre de mundo, buen mozo, elegante, distinguido, educado, en una palabra, un “gentleman”, pensó y de nuevo le acometió esa desagradable sensación de resentimiento que antes había experimentado con Sandra. Pero esta no duró mucho pues el encantador señor Conte estaba ahora ofreciéndole una taza de café con la mejor de sus seductoras sonrisas. Felipe aceptó y contempló, con admiración, como el mismísimo Conte se dirigía hacia un estante sacando de él dos tazas, azúcar, café y un termo, sirviendo mientras preguntaba:

- ¿Cómo le gusta? ¿Prefiere azúcar o sacarina?

Se dirigió hacia Felipe con una taza en cada mano y al descubrir la sorpresa en la mirada de este lanzó una leve carcajada.

- No me gusta molestar – comentó adivinando sus pensamientos - ¿Para qué si puedo hacerlo yo mismo?

Mientras bebían de las humeantes tazas, Bautista Conte dio comienzo a una singular entrevista. Sin saber muy bien cómo, Felipe se descubrió relatando pasajes de su vida, sus gustos en cuanto a comidas, colores, música e incluso cine y hasta aventurando algo de sus sueños para el futuro. Conte parecía complacido con las respuestas y a su vez comenzó a explicarle acerca de la empresa, sus fines, sus proyectos, su misión, el cargo vacante y lo que él esperaba de quien fuera seleccionado. Felipe no podía creerlo, el cargo parecía hecho a su medida y en toda la entrevista se había sentido tan seguro, tan cómodo: definitivamente, esto era lo que él siempre había soñado de una empresa. Comenzó a sentir el urgente deseo de ser aceptado allí.

Tras una larga hora de conversación, que a Felipe le pareció apenas unos minutos, Bautista Conte, visiblemente satisfecho, se echó atrás en su sillón y, clavando su celeste mirada en Felipe, pronunció lentamente:

- Bien señor Fuentealba, tengo el placer de informarle que desde hoy forma usted parte de esta empresa. Puede, si quiere, comenzar a trabajar ahora mismo.
- Gracias, muchas gracias – atinó a decir Felipe, percatándose de que la voz le temblaba, francamente emocionado.

Levantándose rápidamente el gerente se dirigió a la puerta desde la cual llamó suavemente a su secretaria.

- Sandra, el señor Fuentealba comienza a trabajar con nosotros ¿quiere usted mostrarle su lugar de trabajo, por favor?
- Claro. Felicitaciones don Felipe. Sígame, por favor.

Antes de seguir, obedientemente, a la joven, Felipe se volvió a su nuevo jefe haciendo una leve inclinación de cabeza. Algo así como una venia de agradecimiento, saludo, admiración o todo eso junto. Se sentía tan feliz que, de poder, le habría besado. Salió de la magnífica oficina y apuró el paso tras la joven que en ese momento le preguntaba:

- ¿Va a comenzar hoy mismo? Sería lo ideal. Hay bastante trabajo acumulado en ese puesto ya que la persona anterior nos dejó hace casi un mes y nadie ha podido absorber totalmente ese trabajo. ¿No le duele la cabeza?
- No, ya no me duele – respondió un eufórico Felipe – Me siento perfectamente y yo también prefiero comenzar ahora mismo.

Sandra le condujo hasta el que sería su escritorio, le presentó un par de personas y pidió a un estafeta que le trajera algunos listados computacionales con el fin de que iniciara su trabajo. Antes de retirarse, la joven se inclinó sobre Felipe hablándole muy suavemente:

- Bien, es mi deber hacerle una observación, o mejor dicho, informarle sobre una regla de la empresa que talvez le parezca un tanto extraña, pero que con el tiempo llegará a comprender.- la joven bajó aún más la voz, obligándolo a acercar su oído hacia ella – Evite las conversaciones personales con el resto de los empleados; trate, en lo posible, de que su relación con los demás sea estrictamente laboral y, aún así, breve y concisa. Es lo mejor.

La joven finalizó la frase con una sonrisa tan encantadora que Felipe no pudo menos que asentir entusiastamente, aunque en el fondo no dejó de parecerle extraña la regla. “Bueno, pensó, si la empresa es tan buena como parece esta extraña imposición no tiene mayor importancia. Total, lo que yo quiero es trabajar, no hacer amigos”.

Cerca de las seis de la tarde se dio cuenta de que, con las emociones del día, había olvidado telefonar a su mujer para avisarle que tardaría en llegar. Buscó su celular en el bolsillo, pero antes de sacarlo pensó que pronto llegaría la hora de irse y que sería mejor darle personalmente la feliz sorpresa. Miró a su alrededor y vio que todos seguían en sus trabajos con el mismo entusiasmo de horas antes. Nadie parecía prepararse para finalizar la jornada.

Como era su primer día, Felipe no quería parecer ansioso por retirarse, por lo que decidió no preguntar por el horario de salida, sin embargo, la herida de su frente comenzaba a dolerle de nuevo y sentía un fuerte cansancio. A pesar de ello, siguió trabajando por otra larga hora sin levantar la cabeza. Cuando volvió a mirar a su alrededor todo continuaba igual: todos trabajaban incansablemente como si recién comenzara el día.

Se sintió extrañamente inquieto. En aquel momento otro empleado se le acercó para entregarle algunas carpetas y darle un par de instrucciones respecto a lo que debía hacer con aquel material. Felipe lo escuchó en silencio y el empleado, apenas concluida su misión, se alejó rápidamente hacia su escritorio impidiendo así todo posible acercamiento.

Cerca de las ocho alguien abrió una puerta y, a través de ella, pudo ver a Sandra, perfecta, fresca y eficiente, sentada en su escritorio con la mayor naturalidad. Cerca ya de las nueve se decidió a levantarse y hablar con la joven a la cual seguía viendo por la puerta entreabierta.

- Hola – Felipe sonrió, tímidamente
- Hola ¿necesita algo?
- Si, bueno, en realidad estoy un poco cansado y como es el primer día... o sea, me gustaría saber cual es el horario de salida. Tampoco sé a que hora debo llegar mañana.
- ¿Se siente mal? – la voz de Sandra era tan dulce y parecía tan preocupada.

- No, no es eso – mintió Felipe - pero ya es tarde y vivo un poco lejos... tampoco mi familia sabe donde estoy y pueden preocuparse...- Felipe terminó la frase con un hilo de voz.
- Pero ¿no llamó a su casa para avisarles que estaba trabajando?
- No – respondió Felipe sintiéndose francamente estúpido
- Muy bien, puede retirarse cuando quiera, pero déjeme antes darle un analgésico excelente que no solo va a aliviarle el dolor, si no que además le levantará el ánimo. Espere, vuelvo en seguida.

Felipe la miró alejarse pensando que la joven no había respondido su pregunta respecto al horario de trabajo que debía cumplir y, honestamente, no se atrevía a insistir en el tema ¿cómo hacerlo?

Aún no encontraba respuesta cuando Sandra apareció con un vaso de agua en la mano. Se lo alargó junto con una píldora rosada, sonriendo como ya Felipe se daba cuenta que era habitual en ella. Tomó ambas cosas, píldora y vaso, tragando la primera y bebiendo lentamente el segundo, mientras Sandra, parada frente a él, seguía sonriendo hasta hacerse casi intolerable soportarla. Cuando hubo terminado la joven le indicó un sofá y, al tiempo que le invitaba a sentarse, ella también lo hizo dejando ver un poco más de sus piernas perfectas.

Felipe se sentó a su lado en el cómodo sofá, mientras Sandra le quitaba el vaso vacío de las manos

- Cierre un momento los ojos y relájese – le indicó la joven con una voz susurrante que a él se le antojó el siseo de una serpiente – vuelvo en seguida.

Felipe sintió los párpados pesados y, como a través de un velo, pudo ver a la joven que se alejaba llevándose el vaso. Sin saber por qué, se recostó contra el respaldo del mullido sofá.

.....

Su mano, al recorrer su propio cuerpo, le llamó la atención sobre el hecho de encontrarse completamente vestido; instintivamente comenzó a aflojar la corbata. En ese mismo instante percibió que no estaba acostado si no, al parecer, recostado sobre lo que le pareció un sofá.

El susto que sintió le despejó completamente y trajo a su memoria todo lo ocurrido el día anterior. Abrió los ojos desorbitadamente y de un salto estuvo en pie. Muy cerca de él la macabra sonrisa de Sandra le daba los buenos días, en tanto que su voz de cálida serpiente le preguntaba como se sentía.

Como él no respondiera, la joven se levantó de su asiento y acercándose a él le colocó una amistosa mano en el hombro mientras volvía a preguntarle como se sentía. Felipe saltó al sentir su contacto mirándola con furia.

Sin atinar él mismo a explicarse que le ocurría, sus nervios, tensionados, estallaron y pudo escucharse a sí mismo gritando con una voz que le era por completo ajena.

- ¿No entiendes? ¡Tengo esposa e hijos! ¿Sabes como estarán ahora?
- No te preocupes: yo les avisé anoche – respondió Sandra, sin perder ni por un instante su espléndida sonrisa.
- ¿Tú les avisaste? ¿cómo supiste mi número? ¿qué te dijeron?
- Cálmate, por favor. Tú número lo saque de tus antecedentes curriculares y en cuanto a tu esposa,...se llama Leonor ¿verdad?...
-
- ...bueno, al principio se sorprendió y, por supuesto se preocupó, pero le expliqué bien la situación con lo cual la tranquilicé y terminó entendiendo que era lo mejor para ti.
- ¿Lo mejor para mí? pero... ¿qué sabes tú? – gritó de nuevo Felipe, que había escuchado lo anterior con la respiración agitada por la rabia contenida que iban en aumento dentro de él - ¡¡¡Lo mejor!!! ¡Estás loca!

Mientras decía esto se abalanzó sobre el teléfono más próximo, dispuesto a llamar a su casa; sin embargo, al levantar el auricular vio que este no tenía tono. Golpeó la campanilla varias veces, pero fue inútil: el teléfono seguía muerto.

- Están malos – indicó, casi en un susurro, la voz siempre perfecta de Sandra, a sus espaldas – Es un problema de la planta, pero quedará arreglado en el transcurso de esta tarde.

Casi sin escucharla, Felipe hurgó en sus bolsillos buscando inútilmente su celular.

- ¿Qué pasó con mi celular?
- ¿Tu celular? No lo sé. Tal vez se cayó cuando tuviste el accidente. Estábamos tan preocupados por ti que no nos fijamos en nada más.
- Estoy seguro de que anoche lo tenía. Pero... es inútil hablar contigo. Debo irme.
- Felipe, te recuerdo que estás en horario de trabajo – ahora la voz era autoritaria.
- ¿Qué te pasa? Primero sufro un accidente a pesar del cual trabajo igual durante casi todo un día sin saber nunca cuál es mi horario; no llego en toda la noche a mi casa porque duermo, por efectos de quizás qué droga, sentado en el sofá de una oficina. No tengo donde bañarme, no he desayunado ni me he cambiado de ropa, ¿y tú quieres que siga trabajando enseguida? Te repito ¡estás loca!

Mientras escuchaba el furioso discurso, la joven no había abandonado ni por un instante su encantadora-aterradoramente sonrisa. Cuando Felipe hubo terminado, se acercó a él hablándole con voz de terciopelo:

- Tu desayuno estará en tu escritorio en cinco minutos más; puedes ducharte en el baño principal, allí hay todo lo necesario; y en cuanto a ropa, creo que ya te había dicho que deberás usar uniforme, así que aprovecharé de darte uno enseguida. Eres talla cincuenta ¿verdad?

Felipe se sentía trastornado y no pudo evitar responder con violencia.

- ¿También puse mi talla en el curriculum? No lo recuerdo.
- Pude verla en tu chaqueta, – definitivamente Sandra tenía respuesta para todo y nada conseguía alterarla – te la sacaste ayer al comenzar a trabajar.

Sin mirarla Felipe salió violentamente de la oficina. Al dirigirse hacia la suya pudo ver que todos estaban en sus puestos de trabajo igual que el día anterior, lo que le provocó la penosa impresión de que no se habían movido de allí por mucho tiempo. Se fijó especialmente en la ropa de los hombres y vio que, efectivamente, llevaban uniforme, algo en lo que no había reparado el día anterior.

Al pasar entre ellos todos le sonreían insípidamente, saludándolo con el más normal de los “buenos días”. No respondió a ninguno.

Al llegar a su escritorio, tal como le había anticipado Sandra, le esperaba una taza de café, un vaso de jugo, un galletón de avena y un sándwich de jamón con queso. Sin tocarlo, tomó su chaqueta del respaldo de la silla y se dispuso a salir de allí. Un escalofrío le bajó por la columna al recordar que aún no sabía cómo hacerlo.

A pesar de ello, decidió no perder más tiempo y con la chaqueta aún en la mano comenzó a recorrer una tras otra todas las oficinas, abriendo cuanta puerta tenía por delante. Sin embargo, cada una solo le conducía a otra oficina y, a través de esta, a otra y luego a otra más en un verdadero laberinto.

Cada vez más desesperado, Felipe, como un verdadero loco hurgaba en las paredes y tras los estantes en busca de una puerta que le condujera, al fin, a la calle. A veces creía encontrarla, pero todo terminaba en un nuevo fracaso que le trastornaba cada vez más.

Jadeante y ya completamente descontrolado volvió, como pudo, donde Sandra, quién, enfrascada en su trabajo, parecía ya completamente olvidada de él.

Con rudeza colocó ambas manos empuñadas sobre el escritorio de la joven y, doblando la espalda, acercó su cara a la de ella, en un gesto de gran violencia, mientras observaba de reojo, que ella sí había cambiado su traje, luciendo ahora un precioso vestido en tonos de verde y de diseño claramente exclusivo. Muy cerca de su cara Sandra sonrió.

- Mira, todo esto es demasiado extraño. Aquí hay gato encerrado, pero te juro que voy a descubrir de que se trata. Por ahora, necesito ir a mi casa, así que dime, pero ¡ya! ¿dónde está la salida? ¿dónde? – mientras hablaba, Felipe golpeaba con su puño derecho el escritorio de Sandra con un movimiento continuo y desquiciado - ¿cómo salgo de aquí? ¡Dime o entraré en la oficina del mismísimo Conte y tendrá que oírme! ¿entiendes? ¡Quédense con su maldito trabajo! ¡Quiero irme! ¿me oyes? – Felipe gritaba casi en el oído de la joven.

Sandra retrocedió levemente en su silla y, sin dejar de sonreír, habló con voz de arrullo:

- Felipe, cálmate. El Sr. Conte no está, fue a una reunión fuera de Santiago así que, probablemente, no regrese hoy o lo haga muy tarde. Si no me crees, puedes mirar en su oficina. En cuanto a irte ¡claro que puedes hacerlo en cualquier momento!, pero, sinceramente, creo que el accidente que tuviste ayer fue más grave de lo que en principio imaginamos, ya que tu comportamiento no es en absoluto normal.
- ¿Normal? ¿normal? ¿Qué es normal para ti?
- Estás magnificando las cosas – continuó, como si no le hubiese escuchado – Escucha, todo lo que ocurrió es esto: cuando venías a tu entrevista tuviste un lamentable accidente, a pesar del cual, obtuviste un excelente resultado en ella ya que quedaste trabajando enseguida. Luego, producto del mismo accidente que te dejó un rato inconsciente, del nerviosismo de la entrevista y del cansancio lógico del primer día, te quedaste profundamente dormido hasta hoy. Es todo. ¿Dónde está lo grave de esto? Quieres irte y lo comprendo, pero no puedes hacerlo en ese estado ¡Mírate! ¿te das cuenta?

Lentamente, Felipe, se incorporó y, sin responder, se dirigió al baño sintiéndose algo mareado. Una vez allí, se mojó la cara y el pelo y dejó que esa helada sensación le envolviera, enfriando también su afiebrada mente. Con los ojos cerrados se afirmó fuertemente del lavamanos e intentó aclarar sus pensamientos. Quizás Sandra tenía razón, quizás el estaba sobredimensionando la situación.

Repasó mentalmente los hechos ocurridos desde el día anterior y concluyó que si bien eran extraños, tampoco lo eran tanto como para justificar su desesperación.

Recordó a Bautista Conte y al evocar no solo sus palabras, si no sus actitudes, el tono de su voz cálida y afable, sintió que algo se tranquilizaba en su interior. Pensó finalmente en los buenos términos del trabajo que se le había ofrecido y se sintió francamente reconfortado. Tomó una toalla y secándose con fuerza el rostro decidió, con bastante vergüenza, que se disculparía con Sandra. Hecho esto intentaría nuevamente hablar con su familia y trabajaría con dedicación el resto del día.

“Mañana todo será normal”, pensó con alivio y satisfacción mientras colgaba la toalla en el perchero. Aligerado por estos pensamientos, salió del baño y se dirigió por el pasillo hacia la oficina de Sandra, para disculparse con ella.

.....

Felipe salió de su oficina llevando en la mano varios informes para la firma de Bautista Conte. Lucía flamante con su impecable uniforme que hacía juego con el color gris acerado que habían adquirido sus ojos y con las incipientes canas que comenzaban a poblar su cabeza. Sí, había adquirido un especial atractivo y él lo sabía, por eso cuidaba cada detalle de su apariencia personal.

Cuando enfrentaba casi la puerta de la oficina del gerente, le pareció ver de soslayo una figura que avanzaba lentamente por el pasillo que conducía al baño. Sin saber por qué, se detuvo y la observó disimuladamente, de reojo, antes de golpear la puerta del privado de su jefe. La figura se había acercado y pudo ver que correspondía a la de una joven que lucía un aparatoso vendaje en su frente, levemente ensangrentado sobre la ceja izquierda. Algo, como un lejano recuerdo, había paralizado a Felipe, provocándole un incontrolable escalofrío.

Sin embargo, los años de entrenamiento, le hicieron recuperarse instantáneamente y levantaba ya la mano para golpear, cuando la voz de la joven le detuvo.

- Hola – saludó con timidez
- Hola – respondió algo molesto Felipe. La empresa prohibía a sus empleados hablar entre ellos y él se caracterizaba por cumplir estrictamente todas las normas.
- Disculpa – insistió la joven, sonriendo de una forma que a Felipe se le antojó estúpida.
- ¿Qué quieres? – preguntó con voz metálica, dispuesto a despachar rápidamente a la inoportuna.
- Mira, me ocurrió algo tan extraño que necesito contárselo a alguien – la joven no parecía percibir la frialdad de su interlocutor.
- Habla – algo predispuso a Felipe a escuchar a la joven, a pesar de él mismo.
- Claro, pero me gustaría que fuera en otro sitio – la joven bajó la voz - ¿podemos ir a tu oficina?

Felipe miró la joven y una chispa de curiosidad apareció en sus ojos metálicos. Algo en su interior parecía ablandarse al contemplar el vendaje y los ojos asustados bajo él. En un gesto que a él mismo le extrañó, la cogió suavemente del brazo y la llevó, de vuelta al baño.

- No, es más privado acá – le informó

Una vez allí, la joven, mirándose en el espejo palpó delicadamente el sitio de la herida. Luego tomó un vaso de agua y finalmente se volvió a Felipe que la observaba con impaciencia.

- Mira – comenzó su relato – yo vine hoy aquí a una entrevista, ya que hace casi un año que estoy sin trabajo – su voz tembló y los ojos se le humedecieron – Al llegar aquí, te vas a reír de mi estupidez, pero, ¡no pude encontrar la puerta de entrada! ¡que vergüenza! Entonces empecé a dar vueltas y vueltas en torno a la casa, comenzando a desesperarme ¡no te imaginas cuanto necesito trabajar! – se detuvo un momento para tomar otro vaso de agua – El caso es que en una de esas vueltas tropecé, no sé cómo, con una tapa de alcantarilla en el callejón al costado de la empresa. Me caí y me golpeé tan fuerte que quede inconsciente. Cuando desperté una persona de esta empresa me había auxiliado y curado mi herida – nuevamente se detuvo para beber agua.

Felipe se sentía confundido. Algo, en el relato de aquella joven, le parecía familiar; era como si una sombra en su mente pugnara por abrirse paso para alcanzar su memoria. Luchó por evitarlo; sin embargo, se escuchó diciendo:

- Continúa, por favor.
- Bueno, el caso es que igual me entrevistaron y me atendió un señor encantador. Creo...que me enamoré de él – una risita tonta cortó el relato por unos segundos – no, no vayas a creerme, es una broma, yo soy casada, pero la verdad es que el señor... ¿Cómo se llamaba?...Conte, eso, el señor Conte es extremadamente atractivo, y ¡tan caballero! Me atendió de una manera que me hizo sentir como una reina, pero de verdad, no es un cliché. Creo que nunca antes había conocido a alguien de trato tan exquisito.

Recién pareció reparar en la fía expresión de Felipe.

- Creo que te estoy dando la lata. En resumen, hice la entrevista y quedé aceptada con unas condiciones tan favorables que no encuentro la hora de contárselo a mi familia. ¡Lo que se va a alegrar! Pero, Sandra, la secretaria, que entre paréntesis, también es encantadora y ¡tan elegante!, me pidió que me quedara trabajando enseguida y, aquí estoy. Es algo extraña la situación ¿verdad?

La joven calló, esperando una respuesta que no llegó. Sin saber por qué Felipe sudaba helado.

- El problema es que esta herida me duele bastante – la joven se decidió a continuar – Sandra me dijo que si el dolor me continuaba en la tarde me daría un analgésico excelente; pero yo creo que lo mejor es que me vaya luego a mi casa, a dormir y reponerme. Este ha sido un día especial ¿no crees? A propósito, quizás tú puedas informarme ¿cuál es la hora de salida?

EL RITUAL

Me dolía el cuerpo y me sentía cansada.

Abrí los ojos, lentamente, negándome a la visión de todos los días: las mismas cortinas, el mismo papel en las murallas, las mismas fotos en los mismos viejos portarretratos, sobre los mismos veladores, y, en la misma cama de siempre, el mismo vacío doloroso que me dejaba, como saludo de buenos días, Gonzalo.

Me dí vuelta y extendí la mano hacia el frío metálico de las sábanas; las sábanas de esa absurda cama matrimonial compartida por cuatro años con un hombre que jamás me había hecho el amor en ella. No, si eso hubiera ocurrido el ritual se habría roto.

El ritual, repetido a diario, con la regularidad del sol, o mejor aún, con la de un reloj: mecánico y monótono, decía que él “debía” llegar cada noche cerca de las nueve, momento en el cual yo “debía” tener preparado el café y las galletas de agua con mantequilla y mermelada de moras.

Continuaba con Gonzalo y yo sentados en la cocina, bebiendo el café y contándonos – sin escucharnos, claro – las intrascendentes incidencias del día, los lugares comunes, el tedio acumulado. Entre el café, las galletas y las trivialidades, Gonzalo acercaba sus piernas a las mías y con su mano obligaba a la mía a presionar su sexo, hasta que la urgencia de su animalidad lo hacía levantarse violentamente, arrastrándome con él.

Se había completado ya media taza de café; su urgencia nunca se anticipó a esta medida. Entonces yo “debía” permitir que él me hiciera el amor, o mejor dicho, me diera sexo, allí, de pie, en la cocina, sin cariño, sin besos, sin ternura, como animalitos, hasta la violencia de su orgasmo, que lo dejaba pálido y tembloroso, mientras yo quedaba anhelante, esperando mi propio momento de placer. Este venía minutos más tarde, cuando Gonzalo, inevitablemente, porque era parte del ritual, me pedía un vaso de agua.

Yo esperaba, palpitante, ese momento que nunca dejaba de producirse; sabía que pediría el agua, pero jamás me anticipé a su pedido, como buscando dilatar el momento del

Placer. Entonces, cuando veía el vaso llenarse del líquido, cuando lo acercaba a sus temblorosas manos, cuando lo miraba llevarlo hasta su boca y beber ávidamente, entonces, solo entonces venía mi clímax, mi orgasmo, que estaba allí, en el agua que pasaba por su garganta, enfriando sus venas, su pecho, sus entrañas.

Luego, el ritual decía que “debíamos” tomar el restante café, ya frío, con una o dos galletas más, con mantequilla y mermelada de moras, mientras él trataba, inútilmente, de hacerme entender el horror de la caída del precio del cobre en los mercados internacionales.

Esa misma mañana, al vestirme, había observado mi cuerpo en el espejo con extraña desolación. Era hermoso aún, pero estaba segura de que Gonzalo ya lo había olvidado,... si es que alguna vez lo supo. También sabía que era inútil esperar que alguna vez me contemplara, o me expresara alguna forma de admiración o deseo, porque eso iría contra el ritual.

Gonzalo me quería. No dudaba de eso. Si no hubiese sido así, jamás se habría casado conmigo. Cuando recién nos habíamos conocido él era un ser atormentado por lo que el mismo calificaba como su “total incapacidad de querer a alguien”. Esta situación le provocaba constantes estados de angustia y depresión, y lo iba sumiendo en una soledad que él trataba, inútilmente, de paliar con el emborrachamiento de tener cada noche – y si era posible también cada día – una mujer diferente.

Era como si hubiese tratado de aprisionarlas a todas y fundirlas en una sola a la que al fin pudiese querer más que desear. Así, trataba de obligarse a amar, a abrir y compartir su mundo y el resultado era cada vez más desastroso y Gonzalo cada vez más solitario.

Jamás se esforzó en quererme. Simplemente, habíamos coincidido en un recodo del camino y habíamos comenzado a caminar juntos casi sin darnos cuenta. Aprendí a reír de sus eventuales conquistas, cada una de las cuales era, para su exaltada imaginación, producto de una magia nueva y diferente y, seguramente (Esta vez sí, te juro que ahora sí”) eterna. Al día siguiente, lo más común era que no recordase ni siquiera el nombre

de tan mágica y perfecta mujer, mientras comenzaba de nuevo su frenética carrera tras la sonrisa de Isabel, los ojos de Olga, el pelo de Viviana, la figura de Cecilia, en una interminable y agotadora maratón.

No digo que yo lo comprendiera, solo digo que lo aceptaba y me hacía reír. Hasta que un día, desde de seis meses de reír juntos de sus donjuanescas aventuras, Gonzalo, sin mirarme siquiera, dijo “te quiero”. Así, como si estuviese diciendo “hace frío” o “tengo hambre”; solo eso “te quiero”. Y los dos nos quedamos tan estupefactos por lo insólito de esta declaración – que ninguno esperaba – que aún estábamos bajo este influjo cuando tres días más tarde nos casamos sin avisarle a nadie, con dos desconocidos por testigos y ante un juez del Registro Civil, que se equivocó tres veces al leer mi apellido y sufrió un ataque de estornudos porque la rosas, que yo había prendido como único adorno en mi vestido, le producía alergia.

Y ahora, al cabo de cuatro años, yo me daba cuenta de que tan asombrada estaba por el “te quiero” de un Gonzalo incapaz de querer a alguien, que había olvidado preguntarme a mí misma si yo también le quería.

Grave error. En el transcurso de estos años de matrimonio, él había adivinado la respuesta a esa no formulada pregunta, pero continuaba a mi lado y, por eso, yo no dudaba de su cariño. La única duda que caía sobre nuestra unión era la que yo tenía respecto al ritual. ¿Es que Gonzalo lo había instaurado así para diferenciarme de alguna manera de sus habituales conquistas, que no se habían detenido por la simple formalidad del matrimonio? Tal vez era por el ritual que el podía diferencia mi sonrisa, mis ojos, mi pelo, a mí misma, por sobre Isabel, Claudia, Mabel, en fin. Tal vez este era lo que le permitía, al menos, no olvidar mi nombre.

Me duele el cuerpo y me siento cansada.

Abro los ojos, lentamente, negándome a la visión de todos los días: las mismas cortinas, el mismo papel en las murallas, las mismas fotos en los mismos viejos portarretratos, sobre los mismos veladores, y, en la misma cama de siempre, el mismo vacío doloroso que me deja, cada día, Gonzalo.

Me doy vuelta y extendo la mano hacia el frío metálico de las sábanas; las sábanas de esa absurda cama matrimonial compartida por cuatro años con un hombre que no me hace el amor en ella... por que eso rompería el ritual.

... Pero el ritual anoche se rompió....

Que empujó a Gonzalo para amarme en una forma diferente, es algo que nunca sabré.

Lo único que sé, es que después de tanto tiempo, anoche el me besó con dulzura y me trajo aquí, a nuestra habitación. Me acarició y me besó como si fuera la primera vez. Y para mí en verdad fue eso: la primera vez. Una primera vez que me enfrentó con un extraño, con un desconocido, al que yo me esforcé, con toda mi alma y todo mi cuerpo, por amar... inútilmente.

Desconocí sus manos, su piel, sus cabellos. Intenté responder a sus caricias, pero, al desconocerle, le rechacé, me alejé de él, me sumí en mí misma, le abandoné, solo, herido, ansioso, desconcertado.

Agotados y avergonzados nos separamos de ese torpe y angustioso abrazo. Silencio, soledad, rabia, desconcierto, vacío ¿fue para esto que se rompió el ritual?

... El ritual se rompió anoche.

Hoy, como sonámbula, vago por la casa.

Algo en mi interior me grita que en este mismo momento, Gonzalo corre por las calles

en su moderno automóvil. Puedo sentirlo proyectarse a una velocidad inverosímil y suicida. Corre, corre para encontrar lo que busca: un impacto, un golpe seco, un encuentro feroz y después, la oscuridad, la inconciencia, el cese de todo dolor y de toda angustia.

Cuando corto el teléfono sé que no volveré a tomar café y que la visión insoportable de un hombre bebiendo un vaso de agua me perseguirá por el resto de mis días.

El ritual ya está roto para siempre.

SÁBADO SANTO

Ese mediodía era realmente sofocante en el centro de Santiago. El sol lanzaba todo su quemante calor por entre torres y edificios, que lo encerraban haciendo reverberar desde la tierra algo así como fuego líquido. En la distancia los objetos, por efectos de esta caliente reverberación, parecían temblar ante los ojos de Francisco, mientras sus pies volaban sobre la acera; su vista se elevaba por sobre las cabezas de la multitud, como buscando atrapar algo de frescura para aliviarse.

Pero ni el calor ni la multitud conseguían hacerlo disminuir el ritmo rápido de su paso; a sus oídos llegaba apenas el rumor sordo de la muchedumbre y los bocinazos de la locomoción colectiva que congestionaba las calles.

Al doblar desde la calle Moneda hacia el paso peatonal de Ahumada, aceleró aún más su ya rápido caminar, esquivando kioscos, paseantes y comercio ambulante, con la vista fija en su meta: la Catedral de Santiago.

Cuando traspasó las enormes puertas de madera tallada volvió a sentir, como tantas veces, el estremecimiento físico y emocional que aquel templo le producía. Todo el ruido de la ciudad se cambiaba por un silencio envolvente, el calor daba paso a la frescura de los mármoles y baldosas y la celeridad no tenía allí sentido pues el tiempo se encontraba suspendido en los rostros y gestos de ángeles, vírgenes y santos de incansable actitud mística.

¡Cuántos días de su vida habían transcurrido en aquel lugar! De pequeño recordaba haberse dirigido allí, después del colegio, para quedarse largo rato sentado en uno de los inmensos bancos, con la mente en blanco, sin rezar siquiera, solo esperando ¿esperando qué? En ese entonces Francisco no lo sabía, pero se imaginaba que le sobrevendría algo parecido a la muerte o, al menos, a un largo, larguísimo sueño, que le permitiera quedarse allí, en medio de ese silencio y esa paz, largamente.

Las místicas figuras que ornaban el Templo le producían una extraña pero agradable sensación; su alma las consideraba casi como a inmóviles amigas atrapadas en mármol

y madera. Soñaba acariciarlas y muchas veces se empujó por sobre los altares buscando con su ávida mano el contacto con esos seres, fríos e inanimados para cualquiera, pero palpitantes y vitales para el niño. Podía sentir una forma distinta de vida discurriendo por esas venas de pintura, las vetas de la madera era órganos silentes que las animaban, las imperfecciones del mármol eran cicatrices corpóreas y el conjunto todo era un ser viviente más en aquel lugar, tanto o más quizás que los piadosos fieles que coreaban las oraciones de la misa.

Su padre solía recriminarle, al principio, por estas largas desapariciones, pero luego no había tenido más remedio que aceptarlas, en vista de lo inútil de sus retos y castigos. No tenía mucho tiempo para los caprichos de su hijo este descendiente de inmigrantes italianos que había tenido una infancia llena de privaciones y necesidades y que había conseguido, tras muchos esfuerzos y sacrificios, un modesto empleo en un banco, donde su dedicación y entrega le habían hecho acreedor a una beca de perfeccionamiento en un renombrado Instituto.

Nuevos y renovados sacrificios le exigieron esos cuatro años de estudio vespertino combinado con las ocho horas diarias de trabajo, pero finalmente obtuvo su título de Técnico Financiero y, junto con él, un nombramiento como Agente de una Sucursal. Con esto sus ingresos aumentaron considerablemente, permitiéndole a él y su familia vivir con cierto desahogo tras años de restricciones.

Su experiencia de vida hacía que tratara de inculcarle a su hijo el sentido práctico de la vida: estudio, esfuerzo, trabajo, todo en aras de un cierto bienestar material sobre el cual proyectarse. Por eso, estas escapadas de su hijo a la Catedral para él solo significaban pérdida inútil de un tiempo que el joven podría haber dedicado a cosas más productivas, como por ejemplo, estudiar.

Su madre, en tanto, tenía ciertas aptitudes para el arte, pero la necesidad de sobrevivir las había reducido al nivel de simples hobbies, obligándola a trabajar como secretaria de una gran empresa. Coincidiendo con su esposo, su gran preocupación respecto a este

hijo era que encontrara algo que asegurase su futuro económico, ya que solo por esta vía, sostenía ella, encontraría, si no felicidad, al menos “tranquilidad” para su existencia.

Solo su abuela materna, campesina y casi analfabeta, veía que ese nieto tan amado era un ser especial que captaba cosas y situaciones que transparentes a los ojos de cualquier otro menos dotado de sensibilidad. Sin saberlo, intuía en él a un artista. Pero, para desgracia de Francisco, este ser lleno de dulzura, siempre amado pero rara vez escuchado, le abandonó a muy temprana edad, dejando en su alma un vacío que ya nadie podría llenar, al menos de la manera como ella lo hacía, con respeto y comprensión o, mejor aún, simplemente con incondicional amor.

En este entorno familiar no fue raro que la opción de Francisco por la vida sacerdotal constituyese un duro golpe para sus padres: ellos, que tanto habían temido que su soñador primogénito se decidiese por el arte, hacia el cual demostraba tanta inclinación, se encontraban ahora con que había escogido un camino de misticismo y espiritualidad tan poco práctico, e incluso menos “productivo” aún que el anterior.

No es que no fuesen creyentes, que lo eran y mucho, si no que habían forjado tantos planes exitosos para su hijo que esta decisión, simplemente, no encajaba en ellos. Sin embargo sabían que el carácter de Francisco sumaba la firmeza a la sensibilidad, por lo que desde un principio tuvieron claro que nada le haría desistir, así que aceptaron y, tomando el fardo de proyectos y sueños de prosperidad material que habían forjado para él, lo trasladaron sin mayores miramientos a Enrico, su segundo hijo, quién, en todo caso, parecía mucho más proclive a realizarlos que el sensitivo Francisco.

El rigor autoimpuesto de la vida sacerdotal había sido un acicate más para las inquietudes artísticas de Francisco quién pronto se hizo conocido, tanto por su carácter suave y reservado, como por sus pinturas, esculturas y tallados, no solo de sus superiores, si no también de la más alta jerarquía eclesiástica, quién veía en él a un espíritu privilegiado y dotado por Dios de una sensibilidad artística francamente conmovedora. Los rostros y figuras que salían de sus manos estaban pletóricos de vida,

pero de una vida tan diferente y distante que era imposible de atrapar solo con los sentidos. Sus santos, apóstoles y vírgenes, alentaban y reían, cantaban y soñaban, pero en un mundo tan sutil, tan etéreo, que solo se les podía comprender y apreciar poniendo el alma en los ojos y dejándose arrastrar por ellos sin oponer ningún esquema, ninguna idea preconcebida ni del arte ni de la espiritualidad.

.....

En el pequeño y céntrico departamento María se afanaba en preparar el almuerzo del día, mientras cantaba boleros acompañando la música que se dejaba oír suavemente en la radio. Se sentía feliz esa calurosa mañana, pero feliz a su manera: es que María era una joven melancólica, pero no triste. En su vida había motivos más que suficientes para justificar su melancolía y si hubiese sido una muchacha triste o amargada, nadie habría podido reprochárselo. Sin embargo, no era ni lo uno ni lo otro, solo dulcemente melancólica.

Siempre supo que había sido una hija no deseada y a duras penas aceptada. No había conocido a su padre y, quizás por este hecho, creció sintiéndose siempre indigna del cariño de los demás. Su infancia estaba plagada de recuerdos tristes y dolorosos y, más tarde, desde los quince años, también solitarios. Porque a esa edad la había dejado para siempre el Tata Manuel, su soporte y su ternura y el único ser por el cual se había sentido incondicionalmente aceptada. Así, había quedado a solas con su madre, de cuyo cariño no dudaba pero no comprendía y le dolía profundamente la tosquedad y dureza con que este se expresaba.

Refugiando su enorme soledad en los libros fue siempre una niña muy aventajada en los estudios, ingresando a la Universidad a una edad muy temprana. Pero la mala situación económica de su casa - que los reproches de su madre se encargaban de destacar - la obligó a abandonar sus estudios de medicina al comenzar el tercer año y empezar a trabajar en los cargos y las empresas más diversos. Esto hizo que nunca tuviera lo que

ella daba en llamar “suerte” en los trabajos y que no era otra cosa que disconformidad por tener que ejecutar labores tan distantes a sus intereses reales. Así, perdía los empleos constantemente y le costaba sobremanera volver a encontrar otro: para algunos sus conocimientos la sobredimensionaban acentuando su inevitable frustración y en otros, más interesantes, no era aceptada por su falta de estudios profesionales, sin tener la oportunidad de demostrar de lo que era capaz.

Su última experiencia había concluido en un despido traumático. Al retirarse de la empresa se lanzó a la calle en estado de shock, tanto por esta nueva desilusión como por no saber con que palabras iba a explicarle a su madre este nuevo “fracaso”. Caminó sin rumbo hasta que las puertas abiertas de la Catedral la invitaron a entrar y desahogar su alma implorando ayuda divina, al menos para recobrar la serenidad y poder salir rápidamente de este nuevo golpe.

Sentada en la última fila de bancas, María permitió al fin que sus nervios se descargarán y los sollozos abatieron sus hombros mientras escondía el rostro entre las manos. No supo cuanto tiempo estuvo llorando de esa manera hasta que una mano, suave y firme, se posó en sus cabellos obligándola a levantar la cara. Borroso a través de las lágrimas, contempló el rostro sereno, bondadoso e intensamente humano de aquel joven sacerdote que ya había tenido la oportunidad de ver antes durante los oficios del día domingo.

Ahora, cocinando para él, María se estremecía aún al recordar aquel día. Él había demostrado en aquella oportunidad ser todo lo que María intuía cuando, absorta, le escuchaba en sus prédicas dominicales. Toda la ternura, calidez y comprensión que tanto soñaba y que nunca había recibido, le llegaban de aquel hombre consagrado a Dios. La había escuchado y consolado con sabiduría y bondad y, en sus ojos, María había adivinado el estremecimiento que provocaba en él, solo comparable al que ella misma sentía.

Cuando se marchó, dejándolo solo en la inmensidad del templo, no sabía si reír o llorar; no le cabía duda de que el alma de Francisco se asomaba en ese instante a un abismo, el mismo que tiraba de su propia alma, sus huesos, su sangre. Dependía solo de él permitir

o no que ese abismo los arrastrase, ella solo lo seguiría cualquiera que fuese su decisión ya que en esos pocos minutos había comprendido, con la más plena de las convicciones, que lo amaba.

.....

Francisco recorría ahora los largos pasillos subterráneos de la Catedral, justo debajo del Museo de la misma. A paso ligero atravesó delante de la cripta donde descansaban los restos de Cardenales, Presidentes, políticos y Héroe de la Patria y se dirigió, refrescándose con el frío de aquel lugar, hacia una pequeña puerta que, al final del pasillo, comunicaba con el taller donde se confeccionaban y reparaban todos los elementos que ornaban el Templo. Lo llevaba hasta allí su recientemente asignada tarea de supervisar la ejecución de algunos tallados y pequeñas esculturas destinadas al Altar Mayor. Esta misión le demandaba gran responsabilidad y tiempo, pero la había aceptado con una mezcla de orgullo y humildad, ya que el mismísimo Cardenal había sido quien se la solicitara, y esto representaba a los ojos de Francisco no solo un reconocimiento a su talento artístico, si no una especie de perdón de la Iglesia – así quería creerlo – que le llegaba por intermedio del venerable anciano.

El taller mismo era un lugar un tanto húmedo, pero al ingresar a él llamaba poderosamente la atención la animación y el bullicio que allí reinaban. Casi todos los objetos que adornaban el Templo pasaban alguna vez por allí, así fuera la figura de algún santo desgastada por el tiempo, como algún misal cuyas tapas se hubieran desprendido por el uso reiterado. Igualmente las custodias, copones y cuanto objeto de metal era utilizado en las ceremonias, bajaba periódicamente para ser limpiado y pulido allí. Quienes trabajaban en estas tareas eran, sin duda, verdaderos artistas que consagraban su vida a procurar la belleza del lugar. También era en aquel subterráneo donde religiosas de manos mágicas bordaban manteles y casullas con un primor que solo podía ser inspirado por el amor que sentían por su trabajo, con el cual ofrendaban a Dios.

En cuanto Francisco abrió la puerta, un fuerte olor, mezcla de óleos, alcohol y maderas húmedas, golpeó sus narices, al tiempo que un fino polvillo, proveniente de la madera que se trabajaba en aquel momento, le dio por algunos segundos a aquel cuadro, tan familiar a sus ojos, una sensación de irrealidad casi onírica.

Rápidamente buscó con la mirada a Esteban, su amigo y discípulo, que desde hacía casi un año trabajaba allí, recomendado por el mismo Francisco. Finalmente lo encontró inclinado sobre un bloque de piedra con un cincel en la mano y una máscara metálica protegiéndole el rostro.

Francisco se le acercó por la espalda y, en un momento en que el joven detuvo su trabajo, le colocó la mano sobre el hombro para llamar su atención. Esteban se volvió, con un ligero sobresalto, al tiempo que levantaba la visera de vidrio de su mascarilla. Al reconocer a Francisco en quién le requería se incorporó vivamente, exclamando:

- ¡Padre Francisco, estaba.....!

La frase se cortó bruscamente al tiempo que la cara del joven comenzaba a arder, enrojecida bajo el metal que la cubría. Francisco, que había apartado violentamente el rostro, se veía casi tan turbado como su amigo que comenzó a balbucear una disculpa. Sin embargo, logró reponerse rápidamente y con un apretón al brazo de Esteban, cortó el torrente de excusas que este trataba, inútilmente, de coordinar.

- Esta bien, está bien Esteban, tranquilo, no te preocupes. Y recuerda que puedes tutearme, después de todo no soy tan viejo ¿no? – bromeó Francisco, tratando de quebrar la tensión que había provocado el involuntario despiste de su amigo – Ahora muéstrame ¿Qué trabajas en esa pieza?

Esteban se quitó la máscara dejando al descubierto un rostro de niño en el que la dulzura de la expresión se sustentaba en unos rasgos paradójicamente enérgicos, mezcla que le confería un encanto especial.

Ambos jóvenes se alejaron un poco de los otros artesanos a quienes Francisco iba saludando por su nombre cuando pasaba junto a ellos, y juntos se sentaron en un banco de madera que, al igual que un reclinatorio de 1810, había sido llevado allí para su restauración.

Francisco sentía con este joven artista una gran afinidad; el carácter dulce de Esteban y la gran sensibilidad que compartían en relación al arte, les habían acercado y muchas veces, tras largas jornadas de trabajo, la noche les había sorprendido en elevadas conversaciones que solían prolongarse hasta la madrugada, sin que ninguno de ellos llegara a percatarse del paso de las horas. Por eso Francisco sabía con certeza que era Esteban quién más había sufrido con su decisión, aunque nunca se lo había dicho. Era cierto que siempre le había demostrado su más irrestricto apoyo, pero situaciones, como la que acababan de vivir, delataban los más profundos sentimientos del joven, quién se debatía entre el amor a su maestro y amigo y sus más arraigadas creencias religiosas.

Francisco observó algunos instantes, en silencio, a Esteban; salvo su cara, que había sido protegida por la máscara, sus ropas y sus manos enfundadas en enormes guantes de cuero aparecían recubiertas con el polvillo que se levantaba de la mole de granito que el joven trabajaba. Largo rato charlaron sobre las virtudes de aquella roca y las posibilidades que su moldeabilidad y dureza conjuntas ofrecían a las manos del experto artesano que era Esteban.

- Moldeable y dura – repitió en un susurro Francisco – así debiera también ser nuestra alma, pero....
- ¿Porqué dice eso..., perdón, por qué *dices* eso, Francisco? – inquirió Esteban, preocupado al ver la nube que súbitamente cubría el rostro de su amigo.
- Por nada, o mejor dicho, tonterías – respondió Francisco, al tiempo que esbozaba una triste sonrisa – Bien, debo irme; veo que aquí no me necesitan, al menos por hoy, y confío que ante cualquier imprevisto tú podrás dar la solución adecuada. En todo caso, si necesitas algo, no dudes en llamarme, no voy a salir esta noche de mi casa.

- Está bien.
- Entonces, ¿nos vemos el lunes?
- Pero, ¿no piensas venir mañana a la Misa de Resurrección?
- No, creo que no – respondió Francisco, tras algunos segundos de silencio.

Pensaba en María. Desde que él rompiera sus votos por ella y abandonara el camino sacerdotal, María había decidido excluirse de toda festividad religiosa y él, a veces, hacía lo mismo, por acompañarla en su decisión. Lo hacía con un profundo sentimiento de dolor, pero también como prueba de amor. En aquel momento pensaba que al día siguiente María estaría particularmente triste, sintiendo que, por su culpa, ambos se veían privados de esta manifestación de devoción, y el dolor de cada uno solía aumentar al presentir el del otro. Esto era lo que velaba el rostro de Francisco.

Desvió los ojos del rostro de Esteban, que le interrogaba en silencio, y se desdijo apresuradamente.

- Si, es probable que asista; nos vemos entonces ahí.

No esperó respuesta y salió del taller apresuradamente. Si se hubiera vuelto habría visto un matiz de dolor en los ojos de su amigo, pero no lo hizo y esa nueva espina se le ahorró.

Una vez en la calle Francisco retomó el paso apresurado que le había llevado hasta allí. Su alta y delgada figura, su rostro de finas y enérgicas facciones enmarcadas en un cabello negro, en el que ya brillaba más de una hebra plateada, al igual que en la barba, que generalmente dejaba crecer por espacio de una semana, llamaban la atención, y más de alguna mujer se volvía discretamente a mirarlo. Pero él continuaba su rápido andar, ignorante de cuanto ocurría a su alrededor, con la mente y el corazón fieles a una única meta: su hogar y María en él.

El pequeño departamento que compartían casi en pleno centro de la ciudad pertenecía a una hermana mayor de la madre de María, que se los arrendaba por una cifra ridícula a

fin de ayudarlos mientras Francisco se consolidaba en algún trabajo. Ubicado en un piso doce de la calle Ismael Valdés Vergara, tenía una vista maravillosa sobre la ciudad y sus techos, en especial de las cúpulas redondeadas del Museo de Bellas Artes, espectáculo que subyugaba a Francisco, sobre todo en las horas del atardecer.

Al entrar en el departamento encontró a María en la cocina. Esta en cuanto le vio abandonó sus labores para correr a refugiarse entre sus brazos; allí, en el apretado círculo que formaban aquellos brazos protectores y con la cabeza hundida en su pecho, María sentía que todo a su alrededor se desvanecía. ¿Es que acaso podía existir un mundo más allá de aquel abrazo? Y si existía ¿qué sentido tenía? María se pegaba a aquel cuerpo amado sintiendo como nacían y morían universos enteros con cada latido de su corazón. Dársena absoluta del dolor y el cansancio, ese abrazo era el solo motivo de existir para María. Toda la ternura y toda la pasión se concentraban allí, desbordándose por cada célula de su piel, ahogándola, estremeciéndola.

Francisco, por su parte, la albergaba, la cobijaba con fuerza, sintiendo que algo en su interior se ablandaba, se licuaba haciéndolo desfallecer; entonces inclinaba la cabeza y sus labios buscaban con ciega desesperación la boca amada. En esa unión estaba todo; todo empezaba y todo acababa una y mil veces.

- María – susurraba, estremecido
- Francisco – respondía ella en un gemido. Y entre ambos estaba todo dicho.

La mañana y el mediodía del sábado fueron particularmente tranquilos. Afanados en mil pequeños detalles domésticos y disfrutando cada segundo de estar juntos, las horas pasaban leves y felices para los amantes. Por la tarde habían hecho el amor pasando de la más frenética pasión al juego y la ternura; hundiéndose y elevándose sin intervalos, en un tiempo absoluto que existía solo para ellos. María había sentido su cuerpo ahuecarse como un cuenco, como una vasija presta a abarcar el universo entero, fundiéndose con él: el universo se llamaba Francisco. Este a su vez había sentido acogido en esa oquedad tibia y húmeda que lo contenía como una gran matriz: esa matriz, se llamaba María.

Caía ya la noche cuando Francisco, incorporándose en el lecho, miró con dulzura, no exenta de aprensión, el rostro de María. Con los ojos cerrados la joven parecía dormir, pero su mano se alargó buscando el cuerpo de él. Francisco besó con fervor aquella mano que le buscaba en el calor de las sábanas, al tiempo que la llamaba: María.

- ¿Qué pasa, mi amor? – susurró la joven abriendo lentamente los ojos, como si volviese de un largo y lejano viaje.
- Hoy es Sábado Santo – replicó Francisco, dándole la espalda y con un leve temblor en la voz; tras un breve instante de silencio agregó – creo que debemos ir a la Misa de Resurrección, no hay motivo para no hacerlo.
- Tú debes ir... por los dos.
- Pero, María – protestó Francisco – no veo por qué tú no quieres... - calló tratando de encontrar las palabras precisas.

María se sentó en el lecho tras él y enlazándolo con los brazos apoyó la cabeza en su hombro, después de besar reiteradamente su espalda desnuda.

- Francisco, trata de entenderme. No es un problema de fe ni de falta de amor a Dios, es un sentimiento...distinto... que me aparta de las manifestaciones formales de la religión.
- ¿Cómo es eso?
- Mira, no sé muy bien porque, pero desde que estoy contigo siento que el ceremonial de la iglesia, que antes tanto amaba, ahora está de más. Es como si Dios habitara en mí, dentro de mí, y así mi cuerpo entero fuera su templo. Puedo, entonces, comunicarme directamente con él, desde mi corazón... que también es su altar.
- María, eso no es correcto.
- No para ti. Conozco cuanto te importan las formas y sé que son importantes, pero siento como si, al prescindir de ellas, mi comunicación con Dios fuera más cercana, más libre.
- No creas que no te entiendo; incluso alguna vez he sentido algo similar a lo que tú describes, pero los ritos son necesarios al hombre, ha sido así desde el

principio de los tiempos: las oraciones, los cantos en comunidad, las fórmulas repetidas miles de veces predisponen el alma y la elevan hacia Dios; son como golpes dados a su puerta... y El, ante estas demostraciones, la abre y permite que el hombre se le acerque.

- ¡Que hermoso como lo dices, mi amor! No me cabe duda de que es así y tú mejor que nadie lo sabes... pero lo mío, es algo tan personal, tan íntimo y tan pleno. La paz que me otorga me hace sentir que está bien, que no estoy equivocada. Solo te pido que lo respetes, no que lo aceptes.

Francisco la escuchaba admirado sintiendo, con cada palabra de ella, acrecentarse su amor. Poco habían tocado estos temas, tan importantes a su espíritu, y más de alguna vez había pensado, con dolor, pero sin atreverse a expresarlo en palabras, que María se alejaba de la religión y de Dios. Ahora se daba cuenta de que no era así, solo que había tomado, como ella misma decía, un camino más personal e íntimo...que, lógicamente, debía caminar en soledad. Eso le otorgaba también a él una cierta libertad para seguir su relación con Dios como él mejor la entendía: en el ceremonial, en los templos.

- Sin embargo, - continuó María – tú *debes* ir hoy a la celebración.
- ¿No te importa?
- Sí me importa. Por eso quiero que vayas, sé que lo necesitas y te da felicidad.

Una nueva y honda emoción se apoderó del alma de Francisco. “María”, susurró mientras la abrazaba entendiendo, por primera vez, que no era coincidencia que ella llevara ese nombre, “María”, Madre Universal; “María”, gestadora de vida; “María” dueña de los Misterios del Universo. Entre sus brazos Francisco era niño, hombre y dios a la vez.

La cálida noche avanzaba ya cuando Francisco, que se había retrasado entre las amorosas cadenas de los brazos de María, apresuró el paso para no perder detalle de la ceremonia que tanto amaba.

Sin embargo, sus pensamientos volvían una y otra vez a María. Recordaba el día que la había visto por primera vez: había sido un domingo cualquiera, uno de los tantos en que Francisco, entregado en cuerpo y alma, había oficiado los sagrados misterios de la Santa Misa, cumpliendo su divino ministerio. Entre los feligreses una joven, con ojos de terciopelo, le contemplaba embelesada. Una descarga eléctrica había sacudido el cuerpo y el alma de Francisco y, desde entonces, ya no tuvo paz sino frente a esos ojos de mirada arrobada.

Por eso, aquel día, en que el ruido ahogado de unos sollozos malamente contenidos le había llevado a la parte posterior del templo donde comprobó que quién con tanta pena lloraba era la mujer de sus sueños, supo, con toda certeza, que se encontraba frente a su destino. La había contemplado en silencio unos instantes y luego su mano temblorosa se había posado sobre la suavidad de sus cabellos, acariciándolos presa de incontrolable ternura. Cuando el rostro, bañado en lágrimas, se había elevado hacia él, Francisco había comprendido, en un segundo, que era el rostro del amor el que lo contemplaba desde aquellos ojos líquidos y doloridos.

Sentado a su lado había escuchado el relato entrecortado y a ratos incoherente de la joven. Había a florado en sus palabras todos los dolores, temores y dudas de María y él, sujetándose como podía y con todo su ser del Padre de los Cielos, había intentado dar respuesta y consuelo, desde la perspectiva de la religión, a la desesperada joven.

Mientras sus palabras, temblorosas, eran las del sacerdote, en lo más íntimo de su ser era el hombre el que hablaba, sentía, se estremecía y, por primera vez, amaba. Cuando ella se hubo ido, ya tranquila, Francisco había permanecido aún largo rato sentado en el templo, orando, o al menos intentándolo, pidiendo fuerzas para una batalla que, en lo más profundo de su ser ya tenía un ganador.

Como era de esperar, la lucha en su interior fue intensa. Fue como si una tempestad le azotara con tal fuerza que su barca estuvo a punto de naufragar. Enfermo física y emocionalmente, Francisco buscó el refugio de un convento trapense, donde se aisló del mundo por espacio de algunas semanas. Durante aquel tiempo ni siquiera tuvo el

consuelo de su arte, pues sus manos se negaban a trabajar y la inspiración no venía a él, por más que la buscara. Rezos, ayunos, meditaciones y largas conversaciones con el superior del monasterio le mostraron finalmente su camino. Salió de la lucha fortalecido y seguro, pero no sin dolor.

Como todo nacimiento, este de su amor, había sido profundamente doloroso. Sin embargo, ahora que el fruto de ese dolor estaba ya entre sus manos le embargaba una extraña mezcla de dicha y de remordimiento: sí, era feliz, o al menos lo conseguía cuando estaba junto a María, pero ¿a costa de que? *Sabía* que no había traicionado a Dios, pero *sentía* que sí lo había hecho con sus feligreses, sus compañeros y discípulos – especialmente Esteban – y también con sus superiores. Todos se esforzaban en demostrarle que no era así, pero esa espina perenne parecía que no saldría de su corazón jamás.

Peor aún era el extraño sentimiento que le embargaba en algunas ocasiones: a pesar de la inmensidad de su amor por María, Francisco no podía evitar el sentir que, de alguna manera, la mayor de las traiciones la había cometido consigo mismo y, sin duda él era el más inflexible y despiadado de sus jueces.

La ceremonia del Sábado Santo comenzaba ya cuando Francisco dobló por un costado de la plaza que enfrentaba a la iglesia. Al acercarse a la multitud agrupada frente a la puerta divisó la figura imponente del Cardenal, con su ropaje morado y su tocado ceremonial. Una hoguera ardía en la esquina justo frente a la puerta del templo y el sacerdote, de cara a ella, se aprestaba a realizar la primera parte del largo ritual de esa noche: la bendición del fuego. Francisco contempló el rostro del venerado anciano deformado por los claros y oscuros de las llamas que temblaban a impulsos de la suave brisa. Un estremecimiento recorrió su cuerpo ante esa visión; le parecía haber contemplado el mismo ritual millones de veces antes y aquel rostro frente a él era el mismo a través de los siglos, oficiando siempre una misma y eterna ceremonia, ...siempre repetida y nunca del todo concluida.

La voz ronca y profunda que entonaba las fórmulas rituales se infiltró en el alma de Francisco; con la mano alzada sobre el serpenteante elemento, el oficiante lo bendecía en el nombre de Dios, para que:

“Así como alumbraste a Moisés al salir de Egipto, así también ilumines nuestros corazones y sentidos” (*)

Francisco pensó que eso era justamente lo que él necesitaba: un fuego purificador que al tiempo de iluminar su corazón y sus sentidos, lo guiase, con su llama purificadora, a través de los peligros y durezas del camino, hacia la Tierra Prometida: la de la paz sin fin.

Con todo su espíritu oraba Francisco como hacía mucho tiempo no lo realizaba. El fuego se apagó y la multitud inició con recogimiento el lento ingreso a la oscuridad del templo, precedida por su pastor. Este, tras unos instantes de recogimiento, continuó la ceremonia bendiciendo ahora el incienso que perfumaría las ceremonias del año Eucarístico que comenzaba:

“Enciende tú, regenerador invisible, esta luz de santificación misteriosa, para que, deshechos los engaños y fraudes, se haga sentir la virtud de tu Majestad” (*)

El corazón de Francisco golpeaba fuerte en su pecho. Conocedor acabado del ceremonial que él mismo oficiara tantas veces, su mente se anticipaba a las palabras del sacerdote, las que resultaban a sus oídos como un eco de su propia voz interior. Deshacer los engaños y fraudes; la frase tenía hoy para el antiguo sacerdote un sentido distinto: quizás para deshacer engaños y fraudes era imprescindible deshacer una vida completa, una vida de engaños hacia los demás y hacia sí mismo; el fraude de una vida que había traicionado su sagrada misión. Solo así se podía alcanzar la virtud de su Majestad. ¿Era ese su caso? ¿Podía el amor ser fraude o engaño?

Cerca del altar mayor uno de los sacerdotes que concelebraban el divino oficio se

acercó portando el Cirio Pascual en sus manos. Una débil llamita rompió apenas la profunda oscuridad y las centenarias paredes vibraron con las palabras de la bendición:

“Regocíjese ya la turba angélica de los cielos; celébrense con júbilo los misterios divinos y, para conmemorar la victoria de tan gran Rey, resuene la sagrada trompeta. Alégrese también la tierra iluminada con tan vivos resplandores y, alumbrada con la luz del Rey Eterno, comprenda que ya se ha disipado la oscuridad que cubría todo el orbe” (*)

Francisco sentía que apenas podía respirar; era presa de tan gran agitación que las palabras, cargadas de mágicas invocaciones, resonaban en su interior amenazando hacer estallar su cerebro y su corazón. Sus manos se aferraron al respaldo del banco que tenía enfrente, mientras sus piernas se doblaban como bajo un peso insostenible. Todo tenía ahora otro significado, cada palabra cobraba vida solo para él mostrándole con claridad el Gran Misterio que solo esta noche se puede comprender.

Sí, ese sonido atronador que resonaba en su interior era la sagrada trompeta que anunciaba la llegada del Gran Rey, victorioso, a recuperar el territorio perdido de su alma rebasando el cuerpo y el alma de Francisco, sus dominios por algún tiempo perdidos y ahora recuperados. Con su gloriosa entrada se disipaba toda oscuridad.

En su exaltado espíritu, Francisco sabía que esta era La Noche.

En el altar, Monseñor oficiaba:

“Esta es la noche que ha disipado las tinieblas de los pecados con el resplandor de la columna luminosa....

... y la luz estaba dentro de Francisco,

“esta es la noche que separando a todos los que creen en Jesucristo, de los vicios y de las tinieblas del pecado, los restituye a la gracia y los agrega a la sociedad de los

Santos...

... y Francisco sabía, al fin, a que lugar pertenecía.

“esta es la noche en que Jesucristo, rotos los vínculos de la muerte, subió victorioso de los abismos...

... y Jesucristo se enseñoreaba del alma de Francisco.

“para redimir al esclavo entregaste a tu Hijo. Oh, culpa feliz que mereció tal y tan grande Redentor....

... que importaban las culpas de Francisco, ¡el Hijo de Dios mismo era quién lo redimía!

“Esta es la noche de la cual está escrito: “y la noche será tan clara como el día”. La santidad de esta noche ahuyenta los crímenes, lava las culpas, devuelve la inocencia a los culpables y la alegría a los tristes, disipa los odios, establece la paz y somete los imperios...

... y el corazón de Francisco se sometía, feliz, a esa claridad de día que ahora le iluminaba, lavadas sus culpas, recuperadas la inocencia y la alegría, pletórico de paz.

“Oh, noche ciertamente feliz que une lo celestial con lo terrenal, lo divino con lo humano. Te suplicamos que la luz de este cirio continúe ardiendo para disipar las tinieblas nocturnas y, elevándose su luz como suave perfume, se incorpore con la de las celestiales lumbreras. Hállelo encendido el lucero de la mañana, aquel que no tiene ocaso y que derrama su luz sobre el género humano.” (*)

... Y para Francisco era, en verdad, la noche ciertamente feliz. La luz que se infiltraba en su interior no se apagaría ya: encendida la encontraría el lucero de la mañana y con él se fundiría.

Cada célula de su cuerpo participaba de la ceremonia: todo lo anticipaba y todo lo comprendía a la luz de este conocimiento recién adquirido por gracia divina. El

Cirio Pascual había encendido cientos de velas sostenidas por los asistentes al oficio y el templo era ahora un pequeño firmamento cuajado de estrellas temblorosas.

Esta primera parte de la ceremonia concluía con la bendición de la pila bautismal: “Como el ciervo suspira por las fuentes de las aguas, así desea mi alma a ti, Oh, Dios Mío. Tiene sed mi alma de Dios Vivo. ¿Cuándo vendré y compareceré ante el rostro de Dios?” (*)

... Francisco, saciada ya su sed de vida y entendimiento, sabía que el momento de comparecer ante Él había llegado.

Las luces del templo se encendieron, cayeron los oscuros mantos que cubrían las sagradas figuras del templo y las campanas lanzaron su bullanguera alegría a los cielos oscuros de esa Medianoche Santa mientras cientos de voces se les sumaban elevando una oración hacia la región donde habitan los santos, repitiendo sus Letanías.

Cuando vino el rezo del Magnificat, Francisco intuyó a María en su interior. Supo, con toda certeza, que, al igual que él, la joven estaba en ese mismo instante inmersa en la misma luz purificadora y clarificadora que lo había bañado a él. La luz sin tiempo ni lugar, libre de la dualidad, más allá incluso del Bien y del Mal. A través suyo María se había sumergido también en la realidad inconmensurable del pensamiento Divino. Su amor era ahora transmutado, dentro de un mágico atanor alquímico, en otro amor más fuerte, más puro, alejado ya de todo terreno sufrimiento, de toda desazón.

Concluida la ceremonia el joven esperó a que toda la gente hubiese salido del templo para dirigirse rápidamente hacia la parte posterior del altar, a la entrada del subterráneo. No tenía duda alguna, *sabía* que debía entrar allí, era una orden que viajaba desde su cerebro a su corazón y que él no titubeaba en cumplir. Una vez en el subterráneo caminó a través de la oscuridad de los pasillos hacia el taller. Como si estuviera inmerso en un sueño abrió la puerta de este, cerrándola nuevamente a sus

espaldas, al tiempo que encendía la luz bañando el recinto con la débil y amarillenta luz de la ampolleta. En esa semipenumbra, la vio.

En el centro del taller, la mole de granito, que tan diestramente tallaban las manos inspiradas de Esteban, tenía ahora una forma ya acabada y perfecta: pétreo y sin embargo pletórica de vida, María contemplaba a Francisco desde el fondo de sus ojos de roca y, a través de aquella mirada le hacía saber que se había vaciado de toda angustia, de todo remordimiento, de toda humana aprehensión y que se encontraba, al fin, inmersa en su Yo Interno y en la Matriz Universal.

Con el corazón apretado dentro del pecho y los ojos arrasados de indefinibles lágrimas de dolor o de alegría, Francisco caminó hacia ella. Cuando estuvo frente a la magnífica estatua que perpetuaba para la eternidad las formas de su amada, acercó las manos acariciando con suavidad los pliegues del vestido, el largo cabello, las manos que se extendían hacia él invitantes y acogedoras y le pareció sentir una tibieza familiar emanando de aquel bloque de piedra. Entonces, levantando ambas manos, aprisionó entre ellas el amado rostro y acercándose lentamente posó sus labios sobre aquellos otros de piedra, en un beso de eternidad.

.....

Esteban apuró el paso hacia el taller; un extraño sentimiento de ansiedad le obligaba a llegar a su trabajo antes de la hora habitual. La noche del sábado, en el transcurso de la ceremonia del Sábado Santo había divisado a Francisco entre los feligreses, y la intensa palidez en el rostro de su amigo le había preocupado sobremanera. Había intentado ubicarle una vez terminado el oficio, pero este había desaparecido entre la multitud sin que consiguiera encontrarle. Todo el domingo Esteban había llamado insistentemente al teléfono de Francisco sin obtener respuesta. Ahora que se apuraba rumbo a su taller no podía apartar el pensamiento de su amigo.

Por lo temprano de la hora el templo y sus pasillos subterráneos estaban aún vacíos, al igual que el taller, al que Esteban entró presuroso. Distraído se dirigió a su casillero y tomó de él sus herramientas de trabajo; con el casco protector en la mano se dirigió hacia el centro del recinto, hacia la piedra en la cual trabajaba.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral como una descarga eléctrica; sus ojos no podían creer lo que veían: el bloque de piedra, en el cual recién estaba insinuando un tallado, era ahora una pieza acabada y su forma no era otra que la de María. La mujer que su Maestro amaba era ahora una bellísima estatua, dorada por la luz de la lámpara que el joven había encendido al entrar.

Esteban no terminaba de salir de su asombro cuando otra figura, semiocultas tras la primera, le arrancó un grito de los labios. ¡Allí estaba Francisco, su maestro y amigo, convertido en piedra de talla perfecta! Ambos, Francisco y María, sonreían a Esteban y le infundían, con su pétrea mirada, paz y tranquilidad a su alma.

.....

Al Cardenal le causó enorme extrañeza que su artista favorito abandonara así el trabajo encomendado. Las excusas, que en su nombre presentó Esteban, no lograban convencerle; sin embargo, al observar la forma como este trabajaba se dio cuenta de su enorme talento y lo nombró supervisor del taller en reemplazo del desaparecido Francisco.

Un solo favor pidió Esteban para aceptar el cargo: que se le permitiera cerrar una pequeña parte del taller para su uso estrictamente personal y para guardar allí su material de trabajo, según explicó el joven. El Cardenal debería además informar personal y expresamente al resto de los artesanos que nadie, salvo Esteban, tendría acceso a aquel lugar, bajo ninguna circunstancia. El prelado pensó que nunca terminaría de acostumbrarse a las extravagancias de los artistas y, suspirando ante el temor de perder también a este si no le daba lo que pedía, accedió prontamente.

Con sus propias manos instaló Esteban los tabiques y paneles con que cerró aquella parte del taller que le había sido concedida y a la que entraba constantemente, en especial cuando algo le agobiaba. Ninguno de los que allí trabajaba podía evitar la curiosidad que aquella ínfima habitación les despertaba, en especial teniendo en cuenta la estricta prohibición que sobre ella pesaba; pero, a pesar de esto, ninguno tampoco se atrevía a inquirir detalles de la misma, inmovilizados no solo por la severa advertencia, si no además por una especie de temor entre religioso y supersticioso, sentimientos ambos que surgen siempre ante lo prohibido.

Esteban sonreía, conocedor de lo que su “misterio” provocaba. Pero su lealtad era el más fuerte sentimiento que le llevaba a protegerlo y no revelarlo a nadie. Es que, además, ¿cómo explicar que allí tras esas cuatro tablas ubicada en el subterráneo del templo más importante de la ciudad, dos amantes, libres al fin de todo juicio, sonreían a la Eternidad con labios de granito?

(*) Liturgia de Sábado Santo

LA ESCUELA DE TEATRO

La “Escuela de Teatro”, o el “Estudio de Actores a la manera de Stanislavski”, como pomposamente solían llamarla sus alumnos, no era más que un cuarto de mediano tamaño, con una cortina metálica como puerta, que daba a la calle Bellavista, plagada de locales de ese tipo.

Su único mobiliario era una veintena de sillas desvencijadas, que servían para los alumnos en sus clases teóricas o cuando oficiaban de espectadores de las representaciones de sus propios compañeros; una banca de madera adosada a una de las paredes y una caseta con cables y enchufes que oficiaba de “estudio de iluminación” y cuya exclusiva tarea era encender y apagar los cinco focos que daban sobre el escenario. Este último era un espacio vacío al fondo de la sala por sobre la cual se elevaba en una altura de dos peldaños. A un lado, una cortina negra lo separaba de una habitación ínfima que hacía las veces de camarín y bodega al mismo tiempo y donde se acumulaban en total desorden los más inimaginables objetos destinados a servir de decoración y escenografía, además de una docena de trajes destinados al vestuario. Con todo esto apenas había lugar para que los alumnos se cambiaran de ropa, cosa que generalmente terminaban haciendo en la sala misma, debido a la imposibilidad de siquiera levantar los brazos en el cuartito.

Eso era todo. Pero tampoco se requería más. Los alumnos raramente superaban la decena en una constante rotación que se debía ya a desmotivación personal, o bien a que estos, generalmente adolescentes, no contaban con los medios para pagar las clases ni recibían apoyo de sus padres para lo que estos consideraban “otra tontería” de sus hijos.

Así, en este fin de semestre solo habían logrado mantener una cierta continuidad dos jóvenes secretarias, que realizaban el curso como terapia para su stress, una adolescente recién egresada del colegio y que obtenía financiamiento para el curso haciendo teatro callejero, una dama ya bastante mayor cuya motivación era obtener un lenguaje común en el cual comunicarse con sus hijas, residentes en Francia y actrices consagradas del “Cirque du Soleil” y un joven empresario, amigo personal del dueño de la academia, de

real talento e infinidad de contactos, que nadie podía explicar claramente que hacía allí, habiendo podido realizar estudios formales en cualquier universidad o instituto de mayor prestigio.

El resto del variopinto conjunto lo conformaban jovencitas y jovencitos, de los cuales el que más tiempo llevaba en la escuela contaba con poco más de dos meses de estudio; algunos estaba desde inicios del semestre, pero sus constantes inasistencias y sus esporádicas desapariciones no permitían hablar de ellos como de alumnos regulares.

Sin embargo, en este día de cierre de semestre, y por tanto de evaluación, todos se mostraban igualmente excitados y ansiosos. Individualmente o por grupos habían preparado un tema libre, para finalizar, todos juntos, en un gran ejercicio colectivo que se extendería no solo por el escenario sino también por la sala, utilizando cada objeto y cada rincón como improvisada escenografía.

Los profesores, dos antiguos actores, eran tan diferentes entre sí como lo eran entre los alumnos las recatadas secretarias del jovencito que hacía la cimarra para asistir a clases mientras fumaba sin parar.

El mayor de ellos se había formado en el rigor de las antiguas escuelas y trataba de impregnar de este a los alumnos mediante la lectura y representación, un tanto estereotipada de los grandes clásicos. Solía molestarle por la indisciplina de los alumnos y, elevando su potente voz, entrenada en las salas de teatro, intentaba convencerles de que jamás serían buenos y reales actores si no aprendían a representar a un Otelo, un Hamlet o una Nora de “Casa de Muñecas”. Ponía tal énfasis en sus palabras, muchas veces amenazantes, que finalmente los alumnos, más por miedo que por convicción terminaban aprendiendo y representando, como mejor podían, a estos personajes que se les antojaban tan fuera de tiempo y lugar. Si tenía razón en sus planteamientos nunca logró, sin embargo, convencer a otro alumno que no fuera José Miguel, el ejecutivo, que compartía con él la fascinación por todo aquello que constituyera un legado histórico y, por tanto, por estos dramas que para él mantenían su frescura y grandeza más allá de cualquier tiempo.

El otro profesor, en cambio, era el favorito del resto de los alumnos ya que, sin dejar de lado el rigor que requería la disciplina teatral, le otorgaba a los alumnos mucha más libertad para expresar en sus propios términos y con sus propias sensaciones y palabras, hechos cotidianos y simples, intrascendentes a veces, pero con la magia de lo universal.

Esta diferente perspectiva del teatro le venía del hecho de haberse incorporado hacía algunos años a la televisión, participando de teleseries, cortometrajes e incluso comedias, en las que había aprendido que más importante que memorizar un texto, era la capacidad de escuchar al otro, porque si esto se hacía con plena conciencia la respuesta, el gesto, afloraban como una consecuencia lógica del estímulo que el otro otorgaba.

Su principal preocupación entonces era que los alumnos aprendiesen a conectarse con su interioridad, desarrollaran su memoria emotiva y tuvieran conocimiento del “sí mágico”, armas todas que les convertirían en actores capaces de transmitir y contagiar todo tipo de emociones.

- Marta – solía decir a la mujer mayor - ¿Cómo me responderías “si fueras” prostituta y yo requiriera tus servicios?”
- No sé como se expresan “esas mujeres” – respondía afligida.
- No importa, te pido que tú, con tus experiencias, con tus recuerdos y tus traumas te conviertas en prostituta por un momento y me respondas como lo haría Marta “si” fuese una de “esas mujeres”.
- Tal vez, lo haría con un poco de vergüenza.
- ¡Perfecto! ¿tú crees que alguna no ha sentido en algún momento algo de vergüenza por lo que hace? Yo creo que sí
- Pero,...también con un poco de coquetería.
- ¡Eso es! ¿Viste como ya empieza a aflorar en ti una prostituta?

Y cuando la mujer ya estaba totalmente convencida y suelta en su rol, cambiando bruscamente la desafiaba:

- Marta, ¿Cómo me responderías “si ahora fueses” monja y te pidiera consejo espiritual?

Y la desconcertada mujer debía recurrir a todos sus referentes religiosos para despertar en sí una monja que no fuese una caricatura, si no un ser real de carne y hueso; ella misma, Marta, monja.

Este día los dos, sentados en la banca de la pared lateral, se aprestaban a evaluar a sus alumnos bajo parámetros muy diferentes, pero complementarios. Para ellos estas clases no eran un hobby, más de alguno de sus alumnos tenía real talento y con las armas adecuadas, que ellos esperaban entregar, podría llegar a ser un verdadero actor. Por eso el nerviosismo y la expectación que esta especie de examen generaba en los alumnos.

Alberto, un joven pelirrojo y pecoso, que no llevaba aún dos semanas en la escuela fue liberado de participar, asignándosele la labor de apoyar a sus compañeros realizando los cambios de escenografía entre una y otra presentación, así como también manejar la consola de las luces.

Finalmente, cuando las luces de la salita se apagaron, se apagó también el murmullo ansioso de los alumnos, más locuaces de lo habitual en este día.

Los primeros en subir al escenario fueron un grupo de cinco muchachas y muchachos, compañeros de colegio, que se habían inscrito juntos a fin de obtener conocimientos para preparar una representación de fin de año en sus respectivos cursos. Si alguno de ellos se interesaba en el teatro más allá de eso, era algo que aún estaba por verse.

Su cuadro se llamaba:

LA INOCENCIA:

Sin escenografía de ningún tipo, los jóvenes se presentaron disfrazados de árboles y animales. La trama principal era el intento de comunicarse entre sí usando no de

palabras si no de un lenguaje propio, ya vegetal, ya animal, creando así un alegre y bullicioso cuadro en el que no faltaban los malentendidos provocados por lo absurdo e incomprensible de los “idiomas” utilizados. Sin embargo, finalmente todos lograban comprenderse entre sí en forma armónica y alegre.

La simplicidad y mágica belleza del cuadro transmitió un mensaje de optimismo que hizo aplaudir animadamente a todos sus compañeros al finalizar la representación que por un momento les había vuelto a convertir en niños.

Se mantenía en el aire el frescor de aquel cuadro, que había justificado plenamente su nombre, cuando subió al escenario Tatiana.

La “Taty”, como la llamaban, era una chica pequeña y regordeta cuya cara recordaba la de una simpática ardilla; sin embargo, su aspecto se condecía con la fuerza de su carácter, conocida de sobra por sus compañeros. Hija de una argentina que había vuelto a su país tras su nacimiento, dejándola a cargo de su padre, la chica sentía verdadera adoración por esta mujer que apenas conocía y sus medio hermanos argentinos y un desprecio inconfesado por su padre chileno que se había hecho cargo de ella sin lograr ganarse su afecto. Veía a su madre como un ser superior y trataba de imitarla a la distancia, su padre en cambio le parecía insignificante y, sin duda, era el culpable de que su madre los abandonara por no haber sido capaz de ponerse a su altura. Su sueño era convertirse en una reconocida actriz para que su madre oyese hablar de ella y se sintiera orgullosa de esta hija que había logrado destacar a pesar de su despreciable progenitor.

Su presentación era:

EL ABSURDO:

La única escenografía que requirió Tatiana fue una silla que ella misma subió al escenario, antes de que Alberto tuviese tiempo de coger siquiera una. Debió, sin embargo, correr a la caseta de iluminación ya que la pequeña Tatiana de pie al centro de la sala le pedía más luz para el escenario, “mas, más, toda, ponla al máximo, bien”.

Satisfecha, procedió a sentarse en la silla con una revista que comenzó a hojear entre las manos. Lo hacía con expresión de hondo aburrimiento y, tras algunos segundos, la arrojó lejos, con evidente desagrado. Su rostro infantil mostraba a las claras el tedio que, se suponía, la invadía.

Hizo entonces el ademán de levantarse, supuestamente para buscar otra ocupación, cuando ocurrió lo inesperado: estaba adherida a la silla, o mejor dicho, la silla se había adherido a ella como prolongación de su cuerpo. Colocándose en pie a duras penas, miró por sobre su hombro la extraña deformidad de madera con tal expresión de estupidez en su rostro que provocó la risa de todos los que observaban. Comenzó a sacudirse, pero solo conseguía chocar las cuatro patas contra las paredes. Se enojó, intentó correr, pero la silla iba con ella dondequiera que fuese. Se enredó en las cortinas que cubrían la entrada del camarín y estuvo a punto de botarlas. Las carcajadas, en aumento, estremecían a los espectadores, mientras la gordita se veía cada vez más desesperada.

Comenzó, entonces, a dar vueltas, tratando de coger los palos de las patas, como un perro que intentase coger su cola. Se mareó, cayó estrepitosamente y quedó de bruces en el suelo con la silla encima como la caparazón de una enorme tortuga.

La luz se apagó y los aplausos se unieron a las carcajadas, incontenibles.

La chica abandonó el escenario con los ojos luminosos, preguntando ansiosa a sus compañeros si había conseguido su objetivo de verse realmente ridícula. Cuando le respondieron que sí, absolutamente, dejó escapar un suspiro de alivio y, arrojándose sobre otra silla provocó nuevas risas y bromas entre ellos.

El turno era ahora de una pareja. Cecilia, morena y de pelo cortísimo que enmarcaba un rostro de muchacho, era quien más experiencia tenía en estas lides, por su trabajo como actriz callejera. A sus cortos años era ya una mujer totalmente independiente, que vivía sola y proveía todas sus necesidades aunque no sin esfuerzo.

El teatro era para ella algo serio y no se veía a futuro realizando ninguna otra actividad. No solía tener buenas relaciones con sus compañeros, tanto por su experiencia que, según ellos, le otorgaba una inmerecida ventaja, como por su carácter huraño y reservado, que la convertía en la antítesis de la alegre y comunicativa Taty. Sin embargo, tampoco es que se llevara mal con ellos, simplemente la ignoraban la mayor parte del tiempo, incorporándola a las actuaciones solo cuando era estrictamente necesario.

Mabel, una de las jóvenes secretarias, era la única que había logrado entablar con ella una suerte de amistad y había descubierto así a una persona sólida, un tanto tímida, a pesar de su desplante escénico y, por sobre todo, incondicional como amiga. Era común, por lo tanto verlas juntas y lo disímil de su aspecto no dejaba de llamar la atención. Los elegantes trajes dos piezas de Mabel y sus zapatos de tacón no podían ser más opuestos a las eternas jardineras de Cecilia, complementadas por blusas de múltiples y encendidos colores y sandalias artesanales planas. Sin embargo, cada día la amistad de ambas mujeres se hacía más sólida.

El otro miembro de la singular pareja era José Miguel, el ejecutivo. Alto, fornido, era sin duda el más buen mozo de los alumnos. Su indiscutible educación, sus correctos modales, el tono pausado de su voz y la leyenda que en torno a él circulaba acerca de un amor desgraciado, le otorgaban un atractivo mágico que aseguraba desde ya su éxito futuro.

Su sueño era encarnar algún día a su héroe homónimo, José Miguel Carrera, cuya vida había estudiado con pasión y conocía casi con tanto detalle como la suya propia: Nadie dudaba que este sueño se le cumpliría: tenía talento, presencia y contactos por montones. Todo en él hablaba de éxito y su futuro se auguraba brillante. Si alguien hubiese visto el dolor que atesoraba su corazón, habría quedado consternado; pero ese era un lugar sellado para todos, excepto quienes conformaba su círculo más íntimo, al cual pocos, muy pocos, tenían acceso.

A este hermético círculo pertenecía Alonso, el más joven de los profesores, y por quién José Miguel había llegado a la escuela. Este, que le conocía desde pequeño, sentía una secreta admiración por el joven, mezclada con algo de compasión por esa vida que él sabía atormentada desde muy temprano.

De reojo miró el programa que sus alumnos le habían entregado y pudo ver que la representación de Cecilia y José Miguel se llamaba:

EL DESEO:

Cecilia vestía para la representación un traje polinésico que sentaba particularmente bien a sus exóticos rasgos. Tras ella, subió al escenario José Miguel, descalzo, con los pantalones arremangados y la camisa abierta. El escenario estaba vacío, sin un solo objeto.

Cecilia se sentó en un rincón en el suelo y comenzó a trenzar un largo ovillo de cordel al que poco a poco le iba dando forma de red. José Miguel, de pie en el extremo opuesto, intentaba llenar una pipa. De pronto, interrumpiendo su labor, ella levantó los ojos bañándolo en una mirada en que se fundían la pasión y la inocencia. El, a su vez, sintiendo el candente aguijón de esta mirada desinhibida, detuvo también su quehacer clavando la vista en el suelo a escasos metros de la joven. Los segundos se alargaban, cargados de indescriptibles sensaciones. La forma de un deseo animal, y por lo mismo puro, se materializaba atrapando tanto a los actores como a sus electrizados espectadores. Los alientos estaba en suspenso, los párpados habían perdido su movimiento.

De pronto, un escalofrío les recorrió a todos y un hilo de agua hirviendo se deslizó por todas las columnas vertebrales: la muchacha, desde el suelo, había lanzado un grito. Y a este siguió otro y otro y otro más, pero cada vez más suaves, más musicales, hasta que se convirtieron en un canto, una salmodia gutural, monótona, primitiva e inequívoca. Todo su deseo se convertía en voz mientras su cuerpo se balanceaba rítmicamente desde la cintura hacia arriba en un único y repetido movimiento.

Ahora, al mismo tiempo que cantaba, golpeaba el suelo con sus pies, y estos golpes iban in crescendo, excitando, enloqueciendo. El hombre, en cambio, seguía silencioso, clavado al suelo, desconcertado, anhelante. Cuando sus miradas al fin se cruzaron, la mujer, impulsándose con los talones, comenzó a arrastrarse por el suelo en dirección a él. A medida que se acercaba el canto se hacía más suave, más tierno, era ya como una soñolienta canción de cuna que hipnotizaba, anulando toda voluntad. Sus piernas, semi abiertas en la marcha, eran ahora su lenguaje más expresivo.

Hasta que, al fin, llegó junto a él, callando por un instante; pero un nuevo grito más salvaje que los anteriores lo arrojó a él, de rodillas, entre las morenas piernas anhelantes. El silencio estaba ahora cargado de ecos y las sienes parecían próximas a estallar cuando la luz se apagó violentamente, devorando a la pareja en su rito ancestral.

Esta vez los aplausos tardaron. Fue preciso que las luces volvieran a encenderse para que los primeros reaccionaran. Entonces la ovación sonó frenética, incontenible premiando el trabajo de ambos que, lentamente, bajaron del escenario. El volvió a ocupar su sitio respondiendo con amabilidad a los elogios, que no se hicieron esperar; sin embargo, había quedado extrañamente silencioso. En tanto ella, con una sonrisa leve, había ido a sentarse al fondo de la sala, cerca de la caseta de iluminación. Nadie reparó en las lágrimas que desbordaban de sus ojos y que ahora, a resguardo de miradas curiosas, corrían libremente por sus morenas mejillas.

Era el turno de Mabel y Olga.

Las dos jóvenes eran secretarias de la misma Unidad, pero de diferentes Secciones, en un prestigioso Banco internacional. Ambas contaban, a quien quisiera oírlas, que su motivación para asistir a clases de teatro no era otra que luchar contra el stress propio de su actividad. Pero ambas también, sabían que eso no era del todo exacto, o al menos no era la única razón que las llevaba a sacrificar horas de descanso tres veces a la semana.

Mabel era una joven Técnico Financiera recién recibida, pero su nueva profesión no le atraía en lo más mínimo y solo había completado estos estudios con el fin de poder

optar a un mejor cargo, que a su vez le ofreciera mejores perspectivas económicas con las cuales desahogarse en parte de sus responsabilidades de jefe de hogar y poder dedicar algo de tiempo a lo que era su real interés: el arte.

Sin embargo, tras su titulación no había visto ningún interés por parte de su institución de otorgarle el tan deseado ascenso; fue así que decidió no postergar más sus sueños y salió a la búsqueda de un lugar donde poder estudiar ofreciendo a cambio sus servicios como secretaria, a fin de disminuir el costo de los estudios. Y tuvo suerte ya que, direccionada por un actor, cliente de su banco, había llegado a esta escuela donde las labores de secretaría las ejecutaba la esposa del director, pero ansiaba ya abandonarlas para retomar sus estudios de pintura. Fue así como la aceptaron inmediatamente en el cargo, sin remuneración, pero con libre acceso a las clases.

Dada la relación existente con Olga, no tardó esta en sumarse a su amiga, como una forma de compartir esta nueva e interesante experiencia, pero también como una posible manera de exorcizar los fantasmas que poblaban su mente, haciéndola caer periódicamente en crisis de nervios que la postraban por largos períodos. Siquiatras, curas de sueño, clínicas de descanso, medicamentos en cantidades, lograban hacer su vida relativamente normal; pero bastaba la menor preocupación, una pelea de sus padres, un disgusto con su novio, una problemática en el trabajo, para precipitarla nuevamente a sus crisis neuróticas que obligaban a una pronta e invasiva intervención. Muchísima paciencia tenían con ella sus superiores, pero la calidad de vida de Olga dejaba mucho que desear y esto se notaba principalmente en el alejamiento gradual de Sergio, su novio, que aún cuando decía amarla, cada día estaba un poco más distante y con menos tiempo para dedicarle. No faltaba quienes le habían dicho a Olga que le habían visto ya con otra persona, lo que no hacía más que potenciar sus actitudes ansiosas y depresivas que condicionaban la huida de Sergio, en una espiral interminable.

Las clases de teatro le ayudaban a mitigar en parte su angustia otorgándole un elemento distractor y dándole la posibilidad de conocer nuevas personas muy diferentes a su entorno habitual, lo cual constituía para Olga una nueva realidad que la llenaba de alegría.

Como era de esperar, Mabel y Olga habían preparado juntas su evaluación y le habían puesto el nombre de:

EL ENGAÑO:

Este se trataba de un cuadro simple, sin mayores pretensiones en el cual una Cenicienta-Olga- ingenua hasta el absurdo, se enfrentaba a un Hada Madrina perversa, representada por Mabel. Siguiendo la temática original del cuento infantil, la supuesta benefactora fingía ayudar a su protegida, la cual confiaba en ella con una candidez imposible de entender, arrastrándola a situaciones de verdadero horror que se repetían una y otra vez y que iban pavimentando el camino que llevaría a esta sufrida antiheroína a una inminente destrucción, sin príncipe que la rescatase.

Si la intención de este cuadro era lanzar un manto de oscuridad e hipocresía sobre el clásico cuento y despertar así la rabia en los espectadores, lo consiguió. Todos percibieron que se encontraban frente a la inocencia de la niñez tronchada y precipitada a un mundo no solo hipócrita si no también cruel.

Cálidos pero no excesivos fueron los aplausos que la representación obtuvo, sin embargo las dos amigas se encontraban verdaderamente satisfechas y, juntas como siempre, ocuparon sus asientos en la sala para ver el próximo cuadro en presentación.

Y este lo presentaba Andrés, el más joven de los alumnos. Con solo quince años, el delgado muchachito rubio provenía de una familia de recursos que pasaba gran parte del año viajando por el mundo, por lo que su educación la había recibido en diferentes países e idiomas, lo cual le impedía echar raíces y generar así una identidad. En este proceso no ayudaban tampoco sus padres que si bien proveían todas sus necesidades físicas, no solían darse mucho tiempo para acompañar al adolescente e interesarse por sus inquietudes y sueños. Andrés solía compartir mucho más que con sus padres, con su hermano mayor, pero hacía más de una año que este integraba una banda de bastante éxito y que auguraba una carrera brillante, lo que le obligaba a ausentarse largamente por efectos de los ensayos y giras que realizaban. Esto había relegado a Andrés a un

segundo plano acentuando su soledad y desorientación.

Por eso había decidido estudiar teatro. Quería, quizás como nadie, ser un actor de verdad ya que sentía que al vestirse de otras pieles y otras realidades podría encontrar y afianzar la suya propia. Pero su deseo no iba a la par de su perseverancia y solía desaparecer por varias semanas retornando siempre como si fuera la primera vez que llegaba a aquel lugar, olvidado de todo lo aprendido, lleno de todos los temores que antes había superado y que le obligaban a partir de cero una y otra vez.

Ahora, su forma frágil pretendía captar la atención de profesores y compañeros con un cuadro que había llamado:

EL ESCAPE:

Alberto, el escenógrafo-iluminador, había improvisado algo como una especie de cama con cajones de fruta y ropas colocadas encima simulando una colcha. A los pies de este armatoste se instaló Andrés y, despacio, con mística, con unción, se dio a la tarea de preparar un cigarrillo de marihuana. Cuando, tras unos minutos, lo hubo terminado, lo fumó con pasión absorbiendo, goloso, cada bocanada. El cigarrillo temblaba entre sus dedos, sus ojos se entrecerraban y su bello rostro se transfiguraba en una mueca mezcla de éxtasis y dolor. La luz descendía suavemente, aislándolo de a poco en su mundo individual, diferente y demencial.

Los espectadores habían seguido sus más mínimos movimientos, casi conteniendo la respiración; parecían querer adivinar en que laberintos deambulaba esa alma ansiosa de verdades. Qué colores, qué formas, qué sensaciones la colmaban.

Tras unos instantes, el joven comenzó a quejarse débilmente ¿angustia o deleite? Más bien era como una lenta agonía que terminó al apagarse totalmente la luz. El aplauso terminó de romper el hechizo.

Una vez bajo el escenario el joven se mezcló con sus compañeros, algunos de los cuales

lo felicitaron por el realismo de su interpretación. Sonriendo con inocencia él les explicó que le había resultado muy fácil. “Siempre lo hago”, explicaba con modestia.

La siguiente escena despertaba gran interés y curiosidad ya que en ella no solo actuaba una alumna, Marta, si no que también lo haría el mayor de los profesores, acompañándola.

Marta era una mujer mayor que al enviudar heredó el negocio de su esposo, una cadena de lavasecos, que mantenía con férreo carácter y mucha disciplina. Sus hijas la habían acompañado poco tiempo, pues ambas, estudiantes de teatro, habían resultado becadas por su escuela y tras un año de estudios en París, su talento las había llevado a formar parte del Cirque du Soleil, con el que ahora recorrían el mundo.

Sola y sin ataduras, Marta quiso iniciar una actividad que la acercara al mundo que habitaban sus hijas. No pretendía llegar nunca a actuar realmente, si no que solo quería conocer por sí misma lo que se experimentaba al vivir por momentos otra vida, otras experiencias, que en su quehacer cotidiano ni siquiera podía imaginar.

Conocía de la juventud a Gerhard, el maduro actor, con el que - se rumoreaba entre los alumnos - habría tenido alguna vez un romance, y a través suyo llegó a la escuela en búsqueda de nuevos códigos que incorporar a su existencia, labor en la que ponía muchas veces más entusiasmo y más esfuerzo que muchos de sus compañeros más jóvenes.

Alberto preparó el escenario colocando una pequeña mesa de centro sin ningún objeto encima y una silla a cada lado.

Se iniciaba así la representación que Marta había llamado:

EL TIEMPO PERDIDO:

Para su caracterización Marta apareció con el rostro completamente maquillado,

destacando sus ojos de por sí bellos y luminosos, bordeados de negro y con los párpados color esmeralda sobre el blanco polvoriento de una máscara anaranjada en los pómulos; la boca había sido dibujada con un rojo intenso y provocativo.

Llevaba una peluca corta de un negro intenso que resaltaba aún más la palidez de su cara y, sobre esta, una boinita que cayendo, junto con un mechón de pelo, sobre su ojo izquierdo, le daba un aire de decadente coquetería.

La blusa, algo estrecha, evidenciaba unos pechos aún prominentes, pero ya marchitos y la falda, encaramándose más de una cuarta sobre las rodillas, mostraba sin piedad las delgadas piernas enfundadas en medias oscuras y zapatos de taco aguja, cubiertos de polvo y atrozmente gastados.

Fumaba con evidente nerviosismo mientras esperaba, impaciente a alguien. Ese alguien, encarnado por el maestro, Gerhard, entró lentamente en la supuesta sala. Su rostro era noble, enmarcado por su pelo canoso. Vestía un traje que, si bien arrugado, evidenciaba su buena calidad. Alto y delgadísimo destacaba aún más su figura la postura, exageradamente erguida, con que caminaba y con la que se detuvo frente a la mujer. En contraste con esta marcialidad sus ojos derrochaban dulzura, aún detrás de los anteojos que los encerraban.

Ella, tras contemplarle unos segundos en silencio, se levantó, aún más nerviosa que en la espera y tartamudeo el nombre del anciano. Como este no hiciera gesto alguno, le preguntó si acaso no la reconocía, a lo que él le respondió tranquilamente que no, invitándola a sentarse nuevamente, al tiempo que él también lo hacía. Pero ella, aturdida decidió revelar su nombre:

- Soy Mariana – dijo, con la cabeza baja y evidente vergüenza.

La reacción del hombre no se hizo esperar. Poniéndose nuevamente en pie con violencia, la observó, con las nobles facciones alteradas por oleadas sucesivas de estupor, desconcierto, rechazo; hasta que al fin se detuvo en ellas un sentimiento más

tranquilo y resignado: la pena. Finalmente, tomo las manos de la mujer y la obligó a sentarse frente a él. Comenzaron a hacer recuerdos de la guerra; ella estaba más tranquila, contagiada por la resignación con que él hablaba.

- ¿Recuerdas el día que debí partir?
- ¡Cómo olvidarlo!
- Ese mismo día mi avión fue bombardeado y caímos en un lugar casi desierto. Yo no supe de mí durante meses. Cuando me recuperé partí en tu busca, pero ya no te encontré.
- Me dijeron que estabas muerto. Entonces volví a la casa de mis padres...
- ... Mariana.
- ¿Sí?
- Tú... ¿esperabas un hijo, verdad?
- Una hija. Está bien. Vive en España.
- ¿Ella sabe....?
- Todo.

Así llegó el momento de hablar del presente, pero callaron enmudecidos, él por el dolor, ella por la vergüenza. Invisiblemente amordazados se observaron con intensidad. Cuando al fin se decidían a hablar, un enfermero apareció en el marco de la puerta. Venía por él: la hora de visita había terminado.

Se abrazaron. Ella llorando quedamente y él acariciando los negros cabellos, murmuraron al unísono algo sobre el tiempo perdido. Cuando él se fue, líquidos surcos habían resquebrajado la máscara que cubría el rostro de la mujer, reemplazándola por otra más real y verdadera.

El consabido corte de luz puso fin al mudo dolor. Muchos tenían los ojos húmedos mientras aplaudían a la mujer y al maestro, que se inclinaban frente a ellos con la emoción aún reflejada en el rostro.

Dominados aún por tantos y tan encontrados sentimientos, el grupo completo, tras

descansar unos minutos, se comenzó a preparar para la última representación del día, en la que, excepto Alberto, participarían todos, incluso los profesores.

Le habían dado el nombre, no muy original, de:

EL ACTO FINAL:

Como no solo se utilizaría el escenario, si no la sala toda, la prepararon volcando por todas partes las sillas, la banca, la negra cortina y todos los artículos que se encontraban en la bodega, incluso la ropa. Los objetos así tirados por todas partes conformaron en breves segundos un verdadero caos.

Terminada la “escenografía” ambos profesores se dirigieron a sus alumnos felicitándolos por lo realizado ese día; en verdad, decían, habían superado todas sus expectativas y se sentían muy satisfechos. Luego les dieron instrucciones para la gran representación y ordenaron apagar la luz de la sala.

En total oscuridad los presentes fueron lanzándose al suelo confundándose con los revolcados objetos. Alberto esperó que se hubiera acallado hasta el más mínimo rumor y decidió dejar pasar aún unos minutos antes de encender las luces que darían el vamos a la actuación. Puso los brazos sobre la consola y apoyó la cabeza en ellos, con los ojos cerrados. Permaneció así hasta que el silencio se le hizo insoportable. Entonces, enderezándose, y contrariamente a la instrucción que había recibido de ir encendiendo gradualmente las luces, apretó todos los botones y giró al máximo los timer de los focos iluminando fuertemente la sala.

Cegado, se cubrió los ojos con la mano y esperó aún algunos momentos. Cuando su vista se fue adaptando al resplandor pudo observar el revoltijo de objetos entre los cuales los cuerpos de sus compañeros en grotescas posturas parecían desarticulados muñecos inertes.

Uno a uno los observó sobrecogido por lo absoluto del silencio y de la inmovilidad. Allí

estaba, de espaldas, con los brazos abiertos en cruz, Andrés, cual si se tratase de otro éxtasis provocado; sonreía suavemente y su rostro parecía circundado de un halo de beatitud, cual si hubiera al fin alcanzado lo que tanto buscaba. Muy cerca de él las piernas de la pequeña Tatiana, enredadas completamente en una silla, llamaban la atención por la flexibilidad que aquel cuerpo regordete podía alcanzar; en su pantomímica posición su afán por verse absurda se veía completamente satisfecho.

Alberto recordó la obsesión de ella por impresionar a su madre argentina y no pudo evitar pensar que, al menos por ese camino, difícilmente lo lograría,...o talvez..., en fin.

Su vista se detuvo ahora en Cecilia, aún vestida de polinésica y de boca al suelo, su rostro de muchacho aparecía semioculto por sus brazos; daba la impresión de estar concentrada en hacer de esta la mejor de todas las representaciones que quería realizar en su vida. Separado de ella por tres árboles, o mejor dicho, tres de los jóvenes vestidos como tales, José Miguel, se doblaba, semi apoyado contra la pared, con las piernas recogidas en posición fetal; Alberto pensó que quizás así mismo había yacido el cuerpo de José Miguel Carrera, tras su fusilamiento y, por primera vez pensó que en efecto nadie podría representar mejor a este Padre de la Patria que el joven ejecutivo, pálido hora, inmerso en su ensoñación.

Marta, en su traje de prostituta y Gerhard, el profesor, siempre caracterizado como el ex militar, descansaban muy juntos, casi abrazados, siempre contrastando la vulgaridad de ella con la nobleza de él. A pesar de esto, Alberto pensó que no podría decirse si más bien noble era ella en su triste realidad y vulgar, él, en su irresponsable olvido y su decadente dignidad.

Giró la cabeza y se encontró con Olga, la pueril Cenicienta, que reposaba ya sin terror tanto a los artilugios de su propia mente, como a los de su Hada Mala y castigadora, Mabel, que se acurrucaba entre las patas de una mesa, ambas igualmente inermes y vulnerables. A los pies de esta última los dos chicos disfrazados de extraños animales se acurrucaban uno contra otro como tres asustados cachorritos.

Finalmente, Alberto se fijó en Alonso, el otro profesor, y no dejó de llamarle la atención

que se encontrara solo y distante del resto del grupo, tal como siempre había sido en clases, marcando, talvez inconscientemente, la diferencia entre él y sus alumnos.

También llamó la atención de Alberto la extrema concentración en que todos se encontraban, ya que ni el más mínimo movimiento o sonido permitía saber que aquellas personas estaban vivas. “Que bien lo hacen”, pensó, recordando que la temática de la representación consistía en que aquel heterogéneo grupo era el único sobreviviente de una explosión nuclear que había destruido prácticamente todo el planeta.

Siguiendo las indicaciones de los profesores, correspondía que comenzaran a despertar, uno a uno, desconcertados, extrañados, asustados. Deberían preguntarse por lo ocurrido, ensayar respuestas, aceptar la realidad e intentar la supervivencia: Descenderían a lo más profundo de sí mismos, donde el instinto ancestral les dictaría nuevas formas de subsistir para prolongar o reiniciar su especie amenazada por la hecatombe.

Sin embargo, ninguno parecía querer ser el primero en despertar. Sin saber por qué Alberto sintió temor. Con el corazón acelerado, miró alrededor y esperó. Ansiaba que sus compañeros y amigos comenzaran a moverse. Pensó que, tal vez, podría participar del cuadro, simulando ser el primero en reaccionar; así tal vez los otros se animarían a seguir. Como los minutos transcurrían y ninguno se movía, se decidió. Comenzó a caminar entre ellos, primero con cuidado, procurando no pisar a ninguno, pero haciendo ruido al golpear sus pies contra los objetos volcados.

Como no conseguía nada, llegó a pensar que se habían quedado dormidos; entonces comenzó a caminar más fuerte, sin importarle ya pisar manos o piernas, golpeando con sus pies los costados de los yacentes.

Comenzó a exasperarse y pensó que, talvez, le estaban jugando una broma, una mala broma. Entonces comenzó a hablar en voz alta, tratando de mantener el tema de la representación: se preguntaba qué habría ocurrido; en qué sitio estaba; cuanto tiempo habría transcurrido desde la horrible explosión. Pero sus compañeros seguían sin dar señales de vida. Entonces perdió la fingida calma; comenzó a llamarlos por sus nombres, a cogerlos por los brazos, por las piernas; trastornado los remecía sin piedad, los levantaba y los volvía a soltar, estrellándolos cruelmente contra el suelo.

Ahora gritaba, segundos más tarde lloraba, repitiendo incansablemente que ya estaba bien, que lo habían hecho muy bien, que era un excelente trabajo, que por favor lo dejaran ya. Desequilibrado, no cesaba de repetir que esa había sido una gran actuación, la mejor actuación.

La mejor actuación. Pero ya no había nadie allí, salvo él mismo, para aplaudirla. Y así lo hizo. Hasta que el sonido de sus manos, golpeándose una contra otra, inundó la habitación, se esparció por las calles de la ciudad, invadió el aire y retornando, amplificado por demenciales ecos, se filtró a través de sus oídos, hasta hacerle estallar el cerebro.

Lo único que la empresa de aseo no retiró fue la caseta de iluminación. No les correspondía eliminar ese tipo de desechos. El nuevo dueño, que había comprado el local para instalar en él un ciber café, estuvo feliz cuando descubrió la cantidad de cables y conexiones que allí había. Le serían de gran utilidad a la hora de instalar los computadores.



Efraín Saack no recordaba haber tenido nunca antes una pistola en sus manos.... al menos una de verdad; por eso le asustaba tanto el frío contacto de aquella arma entre sus dedos. Era más, ni siquiera sabía diferenciar entre una pistola y un revolver y si bien suponía que se trataba de una pistola por lo largo y delgado de su cañón, no tenía la seguridad de que así fuese. Más bien le parecía haber encontrado una especie de joya, negra y letal.

Cuidadosamente la depositó sobre la desvencijada mesa de comedor y, retrocediendo, se agachó para encender el anafre que reposaba en una esquina. La crepitante espiral roja despidiendo el denso y familiar olor a alambres calcinados le evocó, sorpresivamente, imágenes largo tiempo abandonadas en la sellada bóveda de su memoria.

Sentado frente al anafre de la cocina el viejo Fermín Saack no podía creer lo que escuchaba: ¡a sus ochenta bien vividos años, sería nuevamente padre! Con una nueva emoción que lo conmocionaba por completo – algo así como una desconcertada alegría – se preparó para la llegada de este nuevo hijo y durante los diez años que aún vivió siempre tuvo para con él la misma y casi reverencial actitud con que recibió la noticia de su existencia. “Chocheras de viejo”, comentaban los vecinos y solían reírse del asombro que aparecía en los ojos del anciano cada vez que se hablaba de su hijo en su presencia.

Y es que cada vez que le miraba, se dirigía a él o incluso cuando se veía forzado, muy contra su voluntad, a regañarlo, le trataba como si más que de un hijo se tratara de un milagro encarnado.

Así, durante su infancia Efraín no supo, como la mayoría de los niños, de la rigidez de una autoridad paterna, si no, muy por el contrario, solo percibió de su padre la sensación de ser un objeto de culto y admiración, lo que marcó su infancia con la angustiada necesidad de descubrir algo extraordinario que pudiese ejecutar para

justificar la incómoda admiración de que se sentía objeto: angustia que gravitó en él aún muchos años después de la muerte de su padre.

También sentada junto al anafre cuidando el tarro con hojas de eucalipto con cuyo vapor pretendía limpiar el aire, recordaba Efraín a su madre, Melisa Ocampo, una insignificante mujer que fácilmente pasaba inadvertida de todos. Ni fea ni bonita, ni alta ni baja, ni gorda ni flaca, ni tonta ni inteligente, cuando se trataba de describirla no se encontraba en ella nada especial que la caracterizara, como no fuera precisamente esa total carencia de algo propio y particular. Mucho más joven que su esposo, resultaba imposible adivinar siquiera que significaba en su vida, si es que algo significaba, aquel hombre tosco y rudo, hijo de inmigrantes, que le había dado tres hijos, los cuales arrojó al mundo sin que le dejaran huellas demasiado profundas ni en su cuerpo ni en su espíritu.

Efraín nunca supo si su madre era feliz o desgraciada, cosa que, como a todos los demás en su entorno, tampoco le interesaba demasiado. Como nunca recibió de ella la ternura y la calidez de una verdadera madre, desde que tuvo uso de razón obvió su presencia, reservándola, sin remordimientos, solo para las noches de miedo y los días de indigestión donde su ayuda resultaba estrictamente imprescindible.

El insistente repiqueteo le llevó a acercarse por enésima vez a la ventana, donde contempló con inquietud la incesante lluvia que parecía arreciar por segundos. Apartando la vista de las solitarias calles se volvió y sus ojos tropezaron con el pequeño bulto negro que descansaba en el lugar donde él lo dejara. Se acercó con la vista fija en él y lo tomó con un extraño sentimiento de temor casi supersticioso. Recordaba haber escuchado a su padre sostener doctoralmente que “las armas las carga el Diablo” y, sintiéndose embargado por un miedo irracional, volvió a colocar la pistola sobre la mesa con cuidadosa precipitación, retrocediendo rápidamente, como si temiese que el Diablo, además de cargar las armas, también las disparase.

El burbujeante sonido del agua hirviendo vino a sacarlo de su estupor. Se acercó de nuevo al anafre y tomando la tetera, vertió agua en un descolorido tazón amarillo en cuyo interior flotaban juntos una bolsita de té, en su segundo día de uso, y una extensa variedad de hierbas que Efraín utilizaba por sus múltiples poderes medicinales.

Bebiendo a sorbos cortos la hirviente infusión, aspiró su aroma dulzón y fuerte que tuvo la cualidad de apartarle de la realidad circundante, como si de una droga se tratase.

De niño Efraín había resentido la carencia de padres que cumplieren su rol a cabalidad. Por eso su necesidad de afecto y su cariño los había volcado primero en su hermana mayor. Pero esta resultó ser, además de sumisa, tímida y acomplejada. Una muchacha prematuramente vieja y a quién se podía calificar, sin temor a equivocarse, de amargada. Su madre, tan poco dada a demostrar afecto, sentía ciertamente una no disimulada predilección por esta hija cuyos defectos ella se encargaba de destacar y magnificar ante quienes quisieran escucharla, con el egoísta fin de alejarla de toda posible amistad o romance, asegurándose así y desde ya, una compañía dócil y servil hasta el fin de sus días.

Claro está que no era este el ser que Efraín necesitaba para saciar sus anhelos de protección y amor filial, por lo que, en forma inconsciente, comenzó a refugiarse en su propio interior como en el lugar más seguro y autosuficiente.

Pero esto no significaba que se hubiesen acallado ni su búsqueda ni su necesidad de afecto, por lo que pronto se dio cuenta que estas se habían trasladado a una figura misteriosa y magnética, casi siempre lejana pero nunca del todo ausente, que excitaba su imaginación y sus sueños: la de su hermano Elías.

Quince años mayor que él, de espíritu libre y audaz, Elías parecía considerar su familia y su hogar solo como algo utilitariamente necesario, pero ajeno del todo a él y sus reales intereses. En sus aún escasos años de vida, el jovencito, mochila al hombro, había abandonado muchas veces el hogar con rumbo desconocido. Meses enteros deambulaba por quizás qué fantásticos lugares, retornando a la casa familiar solo en busca de un breve descanso y ropa limpia con los cuales iniciar una nueva aventura, inagotable en su búsqueda de libertad y vida.

Parecía lógico que con tantas ausencias Efraín conociese apenas a su hermano, pero con el pasar de los años su orfandad afectiva y la falta de hitos que le señalasen un camino, fue revistiendo al ausente de caracteres magníficos y misteriosos que acicateaban su curiosidad y le despertaban cada día más el imperioso deseo – más bien necesidad – de traspasar el umbral de esa desconcertante personalidad y convertirse así en el compañero de aventuras, el cómplice... el amigo.

Sentía que no le sería difícil cumplir este sueño, por cuanto su hermano si por alguien de aquella casa mostraba alguna consideración era, paradójicamente, por este pequeño intruso que se había colado en la familia cuando nadie le esperaba. Efraín recordaba haberse elevado más de una vez en los fuertes brazos de su hermano cuando este regresaba de alguna de sus aventuras. En cada una de estas oportunidades el niño había recibido, extasiado, el regalo de un juguete desconocido o de una golosina nunca antes probada. Que el juguete llegase destrozado o la golosina añeja, tras meses de abandono y maltrato en la apretadísima mochila, no hacía si no sumar cualidades al presente, resaltando su encanto las concentradas horas de recomposición del fantástico artefacto o de paladeo concienzudo intentando adivinar los componentes de aquel manjar que, finalmente, sabía a gloria.

El día que se dio cuenta cuan importante era aquel hermano suyo, gigantesco y perfecto, Efraín comenzó a soñar con correr a su encuentro y suplicarle le incorporara en su próxima aventura.

Esta ansiosa espera duró aún un par de meses, hasta que el ansiado regreso se produjo... pero no precisamente como él lo había soñado.

Aquel día comenzaba a retirarse cuando un creciente bullicio alborotó la tranquila calle donde vivía la familia Saack. Intempestivamente, la puerta de calle se abrió y la figura de Elías se recortó contra el azul acerado del atardecer. Llevaba una barba de varios días y su ropa estaba arrugada y sucia pero para Efraín constituía la más magnífica visión escapada de algún cuento heroico leído a hurtadillas.

Iba ya a correr a su encuentro cuando algo, totalmente inesperado, le clavó al suelo: tras su hermano entraban, o mejor dicho invadían la casa, cuatro, cinco, ¡seis! muchachos que lucían la misma descuidada barba de Elías y, como él, se veían sucios y sudorosos. Fiel a su naturaleza, Elías no insinuó siquiera una explicación y, mientras él se deshacía de su mochila, la bulliciosa pandilla se diseminó por la casa, arrojando enormes bolsos sucios por el suelo hasta que, en pocos minutos, no quedó un solo rincón del hogar que no fuese así salvajemente violentado en su intimidad.

Como era su costumbre, lo primero que hizo Elías fue llamar a su hermanito mientras, de rodillas, registraba afanosamente su equipaje en busca del extraño objeto que traía como obsequio en esta oportunidad. Cuando al fin lo encontró se incorporó vivamente y se acercó al pequeño que seguía parado en el mismo sitio, como si hubiese echado raíces allí. Ignorante completamente de la tormenta que azotaba el corazón del niño, lo alzó en sus brazos preguntándole atropelladamente como estaba, que tal le iba en el colegio, que porque tenía ese aspecto de enfermo, que cuánto había crecido, que por que esos ojos enrojecidos, y, sin esperar una sola respuesta, lo colocó nuevamente en el suelo al tiempo que le entregaba un misterioso paquetito. Después se alejó rumbo a la cocina, inconsciente del todo del drama que se gestaba a sus espaldas.

Efraín se deslizó silenciosamente a su dormitorio, que milagrosamente había

escapado a la invasión, y allí dio rienda suelta a su dolor cuya última causa ni él mismo atinaba a comprender. Algo dentro de él le decía que quizás ese sentimiento de traición, ese dolor, eran desmedidos, injustificados, pero su aún escasa lógica no lograba constituir un freno para el fuego, que desde el pecho le subía en una espiral dolorosa e imparable, hasta rebasarle los ojos.

La visión de los extraños machacaba su cerebro ¿quiénes eran? ¿por qué su hermano, siempre tan gustosamente solitario, se hacía ahora acompañar por ellos? Presentía en el curioso grupo una especie de mancomunidad, un pacto, un núcleo sellado y excluyente que lo dejaba irremediabilmente fuera.

Durante los días siguientes rehuyó la presencia de su hermano quién constantemente le buscaba, aún cuando las actividades del grupo absorbían gran parte de su tiempo. Por otra parte, y pese a lo bullanguero del grupo, los padres y la hermana de Elías lo ignoraban por completo como cumpliendo un mudo y tácito acuerdo de indiferencia, por lo que Efraín debía rumiar su pena a solas. Muy bien sabía, pese a sus cortos años, que de mencionar a alguien de su familia cualquier cosa relativa a la presencia de su hermano y los intrusos, habría recibido como única respuesta una atónita mirada, como si estuviese hablando de fantasmas.

Antes de una semana, Efraín, percibió que se acercaba la inminente partida. Bolsas, sacos de dormir y mochilas desaparecieron conjuntamente con una parte, no poco considerable, de las provisiones de la familia.

Sintiendo su corazón martillar locamente, Efraín observaba, semi oculto, los preparativos. Cuando todos los jóvenes, excepto Elías, hubieron abandonado la casa, él se hizo visible al pie de la escalera. Su hermano, creyendo que venía a despedirse se acercó a él, pero se detuvo sorprendido por el odio que le pareció ver en la expresión del niño. Durante algunos segundos se contemplaron en silencio, hasta que de pronto, dando la espalda a su hermano, Efraín echó a correr escaleras arriba hacia su habitación. Casi instantáneamente escuchó cerrarse la puerta de

calle y, tras algunos segundos, una carcajada llegó nítida a herir sus oídos. “Debe ser la edad”, escuchó decir y las risas se fueron alejando con su cascabeleo enloquecedor.

Efraín ignoraba que se trataba de un epílogo y que él lo había enturbiado ya para siempre, cubriéndolo de un velo de odio y dolor. Solo entonces recordó el regalo de su hermano y frenéticamente lo buscó en el cajón donde recordaba haberlo guardado con rabia. Al desenvolverlo vio que se trataba de una pequeña pistola de plástico. Durante un rato la dio vueltas en sus nerviosas manos. Finalmente apretó el minúsculo gatillo con lo que hizo saltar por el cañón una pequeña banderola blanca sobre la cual, en desordenadas letras rojas, se leía:



Sonrió, a su pesar, con tristeza; y así, con ese desafortunado episodio terminó, prematuramente, la infancia de Efraín, herida a muerte por una pistola de juguete.

Un estremecimiento de frío lo volvió a la realidad, arrancándolo de unos recuerdos que, curiosamente, por primera vez le resultaban dolorosos. Sí, hacía frío y la lluvia caía cada vez con más fuerza ¡Si no hubiese sido por la lluvia! Y, ¡si no hubiese sido por el perrazo negro que le había salido al paso, gruñendo rabiosamente! De no ser por estas dos instancias jamás habría reparado en aquel paquete, abandonado sobre un banco y envuelto en papel de diario que ya comenzaba a deshacerse por efectos del agua. Verlo y tomarlo a fin de amenazar con él al perro, fue uno solo. Pero este gesto resultó innecesario ya que tras su primera actitud belicosa el enorme can refregaba ahora el hocico contra sus pies moviendo, alegremente, la cola.

Sin embargo, al tomar el paquete, el papel empapado había caído y fue así como Efraín se encontró con una pistola entre las manos. Asustado, había estado a punto de dejarla caer, pero, por el contrario, la guardó rápidamente en el bolsillo de su ajado abrigo y continuó su camino casi corriendo, escapando del miedo, el frío y la escolta del perro que le siguió hasta la misma puerta de su casa. Efraín pensó que quizás el único fin del desventurado quiltro era encontrar a alguien con quien entablar amistad y conseguir así el abrigo seguro de un techo para ese día de diluvio. Si esa era la intención del animal, con Efraín su instinto había fallado, ya que este no sentía mayor simpatía por los perros y jamás habría compartido con uno de ellos su soledad. Así fue como, tras acomodar bajo techo el carrito de golosinas, entró en la casa cerrando la puerta, sin remordimiento, en las mismas narices del animal.

Pasó aún mucho tiempo antes de que tuviese noticias de su hermano. Estas llegaron a través de una postal sellada en Singapur y ¡venía dirigida a él! Entonces, Elías no le había olvidado y, perdonando su tonto comportamiento del último encuentro, pensaba en él a la distancia.

Dichoso, sintiéndose liberado del veneno que le había infectado los recuerdos, corrió a comunicar la noticia a su familia, olvidando en su alegría el hecho de que Elías ni siquiera los mencionaba en su nota, y encontrando como de costumbre, la deliberada indiferencia y el incómodo silencio con que solía recibirse el nombre del ingrato. Pero esta vez Efraín sintió que tenía una deuda pendiente con su hermano e intentó convertirse en su distante, pero no por ello menos apasionado, defensor. Insistió blandiendo la postal como una espada justiciera frente a los ojos de sus padres y su hermana, hasta que una frase lapidaria del anciano Fermín Saack selló el tema para siempre. “Es un mal hijo” había dicho y calló como si no hubiese nada más que decir, y, en efecto, nada más se dijo.

“Es un mal hijo” había sentenciado el viejo y se llevó esa idea a la tumba, ya que murió una semana después de estos hechos.

Apenas finalizado el funeral su madre, con pasmosa frialdad, les comunicó a él y María la decisión que había tomado: se irían de la ciudad antes de una semana. El único pensamiento que cruzó la mente de Efraín tuvo relación con su hermano Elías. Comprendía, con el corazón encogido de dolor, que ya no les encontraría cuando volviese. En sus pensamientos le había recuperado; ahora volvía a perderle y esta vez en forma mucho más definitiva.

Tembló acercándose al anafre en busca de calor. Al verse así, aún mojado por la lluvia, acobardado por la presencia del arma y tiritando por el frío, no pudo evitar pensar que poco quedaba del hombretón fuerte y gigantesco que en las minas de El Salvador recibiera el apodo de “Sansón Saack”, tanto por su estampa como por la tremenda fuerza demostrada una y otra vez en los subterráneos pasillos de la mina.

El repiqueteo de la lluvia, arreciando cada vez más sobre el techo, lo sacó un instante de sus cavilaciones. La lluvia. Además de estropear por aquel día su ya mísero negocio, estaba ejerciendo un nefasto efecto sobre él: hacerle recordar.

Jamás podría entender por qué la lluvia le hacía recordar el norte, donde jamás llovía; el norte y sus minas: el lugar de su juventud. Sería, quizás, por que en esos días grises era cuando más añoraba el sol del desierto, implacable y dorado, que tanto había amado. Jamás se habría alejado de esos lugares, de no haber sido por el accidente.

Tras la muerte de su padre y el traslado de la familia a otra ciudad, Efraín, ya convertido en hombre a pesar de sus pocos años, había permanecido aún por algún tiempo junto a su madre en la nueva casa, pequeña y oscura. Demasiado pequeña y demasiado oscura para él, que al igual que su hermano, sentía golpear en su pecho

nuevas ansias de vida y libertad. Y fue así como, también igual que su hermano, un día Efraín abandonó la casa sin una palabra, sin una despedida, sin siquiera un poco de melancolía o de remordimiento.

El norte lo acogió y en sus minas Efraín Saack se hizo pronto conocido de todos, mineros y patronos. Su estatura y corpulencia difícilmente pasaban inadvertidas; pero no solo era su aspecto físico el que llamaba la atención: por contraste, resaltaba su apacible carácter, su triste sonrisa bonachona y su silencioso retraimiento. A aquel gigante no se le conocían aventuras amorosas ni afición al juego y tampoco se le había visto embriagado o protagonizando alguna riña. Parecía que su único vicio y su único amor eran las minas donde, con su fuerza hercúlea, arrancaba a la tierra sus mejores y más valiosos frutos.

Además de “Sansón” recibió también el apodo de “gringo” con el que se hacía alusión a lo dorado de sus cabellos y lo blanco de su piel, tan poco usual en aquellos lugares donde, ya la genética, ya el sol, se encargan de broncear los rostros y los cuerpos. Todo esto hacía de Efraín Saack un personaje de las minas.

Pero su fama aumentó desde el día del accidente. Cuando las subterráneas galerías comenzaron a desmoronarse el “Sansón Saack” y sus dieciocho compañeros se encontraban en lo más profundo de las mismas, finalizando casi el turno de la mañana. Los hombres recordaban haber seguido en medio del estruendo y por entre el polvo, que la desdibujaba, la gigantesca silueta del “gringo”, en una carrera desenfrenada por alcanzar la luz del día antes del desastre. Pero, de pronto, en el paso más estrecho, las vigas comenzaron a crujir amenazadoramente; que antes de su quiebre pudieran pasar bajo ellas diecinueve hombres, sería prácticamente un milagro. Fue entonces cuando Efraín, como un Atlas salvador, se

colocó en medio del pasadizo, con las piernas abiertas a todo lo ancho del túnel y los brazos en alto sosteniendo las vigas, mientras su espalda se apoyaba en la húmeda tierra ya floja y desmembrada.

Uno tras otro los dieciocho hombres pasaron arrastrándose entre las piernas del coloso. Cuando el último traspasó el arco de carne tenso y curvado, y Efraín se disponía a seguir tras ellos, su resistencia cedió, y con un crujido seco que se confundió con el ronco bramido de la tierra precipitada, su columna se trizó como blando brote, y el Sansón Saack, el Gringo Efraín, sucumbió bajo toneladas de tierra y maderas podridas.

Jamás se pensó encontrarle con vida y cuando esto ocurrió, treinta y seis horas después, los supersticiosos hombres de las minas guardaron un silencio cargado de temeroso respeto, seguros de encontrarse ante un milagro. Así Efraín adquirió la talla de un héroe y casi un santo. A falta de familia propia que se preocupara de él las esposas e hijas de los mineros salvados por su sacrificio le cuidaron durante su larga convalecencia con verdadero amor y dedicación y sus compañeros se empeñaron en satisfacer las más mínimas de sus necesidades, las que, dado su austero carácter, eran siempre mínimas.

Pero no tuvieron la misma actitud los patrones de la mina. Luego de largas visitas de felicitaciones y agotadores discursos ante su lecho de enfermo, le jubilaron con una mísera pensión vitalicia y, por igual período, le olvidaron. Sus compañeros entonces hicieron un fondo donde depositaban parte de sus reducidos salarios para ayudar a la subsistencia y rehabilitación del ahora inválido “Gringo Efraín”.

Sin embargo, Efraín conservaba intacto su orgullo y así, apenas pudo nuevamente caminar, abandonó el pueblo, donde no quería seguir siendo carga para nadie, y se fue a la capital decidido a buscar un trabajo que se ajustase a su nueva condición: había perdido para siempre su envidiable fuerza y su espalda se había curvado restándole a su estatura la imponente que antaño causara admiración, además de marcarle con la deformidad de una joroba perenne.

Abandonando lentamente sus recuerdos abrió los ojos para encontrarse con que ya la oscuridad de la noche lo invadía todo. Se levantó para encender la luz, una débil

ampolleta que otorgaba a la habitación una semipenumbra desolada. Pero Efraín nunca se había permitido dar cabida a lamentaciones; pretendía ignorar su pobreza e intentaba adaptarse a su actual vida tan bien como en su juventud se había adaptado a las minas.

Cuando sus ojos se hubieron adaptado a la nueva luminosidad, un reflejo oscuro sobre la mesa le llamó la atención. Se trataba de la pistola que encontrara en la plaza y que ya casi había olvidado. La oscura y fría presencia del arma seguía allí, amenazante y siniestra. Decidido avanzó para tomarla dispuesto a deshacerse de ella de una vez por todas.

Sin embargo, al cogerla el helado acero, reposando en su mano, le despertó extrañas sensaciones. Era como si toda su vida descansase allí bajo la forma de un arma. Y sintió que no podía deshacerse de ella. Tantas interrogantes había en su encuentro con aquel letal objeto; interrogantes que no podía resolver la simple casualidad. El frío que congelaba su mano se extendía a lo largo del brazo invadiendo músculos y tendones ya marchitos, nervios, sangre y, a través de ella, el cuerpo todo hasta el mismo corazón. Y allí se detuvo.

Entonces, sin saber por qué, volvió a colocar el arma en el mismo lugar sobre la mesa.

No lograba saber que le ocurría; se sentía incómodo, ahogado, expectante, ansioso. Como en unos brazos protectores, su mente afiebrada tornó a refugiarse en los recuerdos que ahora se atropellaban por aflorar como fantasmas, espectros largamente condenados al olvido, clamando por revivir y clavándose para ello, con avidez, en su cerebro en ebullición....

Una vez llegado a la capital había dado inicio a la búsqueda de un trabajo, cosa

que le dificultaba enormemente la arqueada deformidad de su espalda. Al fin su búsqueda le llevó hasta una recuperadora de papeles y cartones ubicada en un sector marginal de la ciudad, donde consiguió ocuparse como encargado del pesaje.

Allí, en un sistema de turnos, trabajaba ya de día, ya de noche, debido a que la recuperadora funcionaba sin interrupción las veinticuatro horas del día. Instalado en una pequeñísima e incómoda caseta veía desfilar interminables filas de vendedores de diarios, cartones, cajas y papeles en general; los había de todos los tipos y de todos los estratos, desde los gigantescos camiones de empresas distribuidoras o supermercados, hasta los humildes y desvencijados carritos de mano empujados por figuras hoscas, grises y harapientas. Hermanados en la espera aguardaban pacientemente su turno y cuando este llegaba cumplían, frente a la mirada distante pero responsable de Efraín, el trámite del pesaje, el que consistía en colocar el transporte, cualquiera que fuese, cargado, sobre la gigantesca pesa empotrada en el suelo, justo frente a la caseta de control. Desde el interior de ella Efraín anotaba el peso registrado y autorizaba el ingreso al interior de la planta donde se procedía a descargar y clasificar el contenido de la carga. Realizado esto el transporte volvía a colocarse, ahora vacío, sobre la pesa y Efraín, registrando el nuevo peso, anotaba la diferencia y procedía a entregar el recibo con las cantidades contra el cual la oficina de contabilidad cancelaba a los vendedores.

Cuando le correspondía realizar turnos de día solía prolongar su estadía en la planta por algunas horas, ya que no teniendo nada ni nadie que lo apremiara a retirarse, mataba el tiempo ocioso recorriendo las enormes dependencias de la procesadora. Disfrutaba observando la gigantesca máquina picadora y enfardadora a cuyos pies se descargaban los papeles. Gruesas cadenas transportadoras arrastraban el papel, previamente seleccionado, hasta su vientre de metal que engullía como un insaciable monstruo toneladas y toneladas de material para vomitarlo, hecho fardos, por el extremo opuesto. Allí otros operarios lo recibían y amontonaban por tipo, apoyados por grúas.

Desde allí los fardos clasificados eran transportados por pequeñas grúas horquilla hasta un enorme depósito con aspecto de piscina, conocido por este nombre; una especie de enorme licuadora donde el papel, mezclado con diferentes tipos de ácidos según el grado de pureza que se quisiera obtener, era centrifugado hasta quedar convertido en pastas de diferentes colores: la materia prima de nuevos papeles y cartones.

Así transcurrieron algunos meses, hasta que en una noche cualquiera, monótona como siempre, un pequeño carretón de mano llamó la atención de Efraín. Era uno más de tantos con la única diferencia de que era seguido por dos famélicos perros que ladraban alternadamente, turnándose como si no quisieran dar un segundo de tregua a los oídos. La situación resultaba graciosa y arrancó una sonrisa a Efraín por primera vez desde que entrara a trabajar allí; pero más que la insistencia bulliciosa con que lo escoltaban los miserables quiltros, lo que capturó definitivamente su atención fue la joven dueña del endeble carrito, ambos demasiado frágiles para el trabajo que realizaban. Se trataba, sin duda, de una mujer descuidada y tosca, pero bajo lo burdo de sus rasgos, aún adolescentes, algo indefinible atrajo la atención de Efraín, despertándole una enorme curiosidad. Tal vez fue su mirada distante y ajena, o lo menudo de su figura, o quizás el hecho mismo de su juventud. Cualquiera que fuese la razón, un sentimiento de ternura detuvo la mirada de Efraín sobre la muchacha y le obligó, inconscientemente, a poner especial atención en el peso del escuálido cargamento, anotando las mermadas cifras en la planilla de control. Cuando la mano de la mujer se alargó para recibir el vale, cuyos números revelaban lo magro de la carga, el encargado del pesaje se sintió extrañamente conmovido.

Noche tras noche en el turno de aquella semana, Efraín volvió a ver a la joven; y, noche tras noche, al entregarle el vale, sentía que ponía en el papel algo más que solo números. Era como si quisiera, a través de él, enviar algún cálido mensaje de humanidad a la desconocida, la cual, desde su lejana indiferencia, jamás dio señales de haber notado siquiera la presencia del hombre, cogiendo el papel con mecánico movimiento sin levantar nunca la vista.

Casi al finalizar la semana, Efraín la vio llegar en una noche especialmente fría, sin el bullicioso coro de ladridos que solía precederla. Al colocar la joven la carreta sobre la pesa, Efraín pudo ver en su interior, confundidos entre cajas y papeles sucios, a ambos animales a quienes sin duda el frío había obligado a abandonar su labor de bullangueros guardianes para refugiarse en el carrito, en busca del calor protector que les otorgaba el papel. Al acercarse a la pesa la muchacha intentó desalojarlos, pero los perros, apretujados el uno contra el otro, dormitaban, indiferentes a sus reclamos. Ya había cogido un palo para castigar a los rebeldes, cuando unos débiles golpecitos en el vidrio de la caseta de control la hicieron volverse en esa dirección. Desde allí Efraín, sonriendo, le hacía señas para que dejara a los animales en paz. “Total – pensaba este – con lo flacas que están esas bestias no aumentarán más de diez kilos la carga”. Ya los rebajaría del peso final.

Fue entonces cuando tuvo una idea. Aquella travesura de los animales podía resultar beneficiosa para su dueña, incrementando levemente, por efectos de esa pequeña trampa, el ingreso que generaba el cargamento.

Así, la noche siguiente, con un guiño cómplice, al que la mujer respondió con una tímida sonrisa, la miserable carga se vio incrementada artificialmente por el peso vivo de aquellas criaturas.

Para suerte de la mujer ocurrió que por enfermedad de un trabajador de la planta los turnos debieron redistribuirse y fue así como Efraín, el único soltero en la empresa, fue asignado a trabajar por las noches durante tres semanas seguidas. El hombre recibió la noticia con íntimo regocijo ya que aquella fortuita circunstancia le permitía continuar por algún tiempo su generosa acción, que la mujer aceptaba simplemente, sin abandonar aquel aire ausente que la caracterizaba.

Feliz por haber encontrado una forma, bastante ingenua, de ayudar aunque fuese en algo a la muchacha, Efraín no reparó en que uno de los encargados de la descarga había sorprendido la acción alertando al respecto al supervisor de la planta. Fácil le fue a este descubrir el inocente engaño y fue así como Efraín se

encontró en cuestión de segundos cesante y humillado por la andanada de palabrotas y ofensas que sobre él descargó su enfurecido superior.

Después de esta experiencia uno que otro trabajo realizó como albañil en alguna construcción, pero se agotaba pronto por el doble esfuerzo al que lo obligaba su curvada columna y debió cambiar de actividad. Fue así como, tras varios intentos frustrados por obtener otros trabajos, se encontró, gracias a unas gestiones del Comité de Ayuda Social de su comuna, empujando un carrito de golosinas en torno al cual se agrupaban los niños, siempre pidiendo y rara vez comprando.

Una extraña y helada sensación le volvió a la realidad.

Sentía que algo se despertaba en su interior, quemante. Algo que tomaba la forma de rabia contenida. Rabia por su infancia solitaria, marcada por infructuosas búsquedas, rabia por los años desperdiciados en los negros túneles de la mina, lejos del sol y de la vida. Sentía su corazón latir con inusual violencia lanzando oleadas de sangre hirviente que se apoderaban de sus pulmones dificultándole respirara: oleadas de rabia.

Rabia contra los patrones de la mina que descuidaban la seguridad al interior de esos infernales laberintos, permitiendo que ocurrieran accidentes como aquel que había cambiado el rumbo de su vida. Rabia contra los compañeros a quienes salvara la vida, por no haber sabido comprender que su amistad y su cercanía le habrían sido mucho más valiosas que las limosnas con que habían intentado agradecerle.

Ahora se observaba, extrañado de sí mismo, liberando todo su impotente dolor tanto tiempo contenido. Sentía su rabia dirigirse ahora hacia la miserable mujer y sus estúpidos animales que le habían arrastrado a la humillación, ¡y aquel prepotente supervisor que le había arrojado a la calle como a un perro, ofendiéndolo con palabras desconsideradas y su grosera actitud!

Oleadas alternadas de frío y calor le conmovían ahora, mientras veía con vergüenza su realidad actual: el carrito de golosinas, el parque, los niños y sus escasas monedas, el cuartucho desvencijado, cuyo deplorable estado le parecía ver por primera vez, el frío que el anafre no lograba alejar, el hambre engañado a medias con las tacitas de té y hierbas, y también la lluvia, que detestaba... y volvió a sentir rabia. Rabia porque seguía lloviendo sin cesar y, por que si cesaba, al día siguiente volvería a empujar el carrito, renovando su existencia monótona de plazas, niños, miseria y soledad.

Entonces, la rabia se volvió contra sí mismo, y fue en ese momento cuando sintió que algo mágico podía romper definitivamente esta cadena dolorosa: algo, cuya negra silueta reposaba sobre la mesa. ¡Esa era la llave que había abierto las compuertas de su corazón; la misma que podía cortar, y para siempre, ese absurdo, ese vacío recién descubierto y ya agobiante! ¡Por eso la había encontrado; ese era el sentido de todo lo ocurrido aquella tarde!

Entonces un pueril detalle le arrancó de su desconcertante angustia. Imaginó que al disparar el arma vería salir por su cañón la banderola blanca con su insolente “BANG” en letras rojas.

Ante esa idea una carcajada violenta y excesiva le sacudió. Efraín escuchó su propia risa desconociendo sus tonos y vibraciones. Recién reparó en cuanto tiempo hacía que no reía... desde que Ema se había ido...Ema.... Y este nombre, como bálsamo, alivió su afiebrada mente y le hundió, una vez más, en la calidez de un recuerdo magnífico y luminoso.

Ni antes ni después de Ema alguien había compartido su vida. La dulce Ema, la mágica Ema, la misteriosa; la que había llegado a su vida inevitable y simple, como llegan inevitables y simples las estaciones, las flores, los frutos, las nubes, el sol. Ema ¡tan diferente a él!, tan soñadora, tan irreal a veces.

Como un vaso se ha hecho para contener agua o vino, así Efraín sentía, al fin, que su alma había sido creada con un único y exclusivo fin: contener el alma de Ema; cobijar su esencia: amarla.

Y como no amarla, cuando regalona y divertida acariciaba su deforme espalda dándole a su joroba mil nombres distintos, los cuales él raras veces comprendía, pero siempre necesitaba. Así, los dulces labios cantaba a su espalda llamándola “matriz preñada de alas”, o bien “cofre contenedor de tesoros”. Allí, en su carnal prominencia – y de esto Efraín se enteraba extasiado – su ángel protector reclinaba la cabeza para dormir por las noches olvidando, contra esa tibieza, su divina misión de guardián desvelado.

Entonces él se reía y la llamaba loca, pero Ema sonreía y él sentía que su deformidad se derretía al calor de esa sonrisa, y luego su corazón, y algo en su vientre, hasta que, invadido por una oleada de ternura, besaba a Ema con la conciencia plena de que jamás podría amar a otra mujer.

Y así había sido. Así, hasta que...flor sin raíces, Ema había partido un día, como arrastrada por el viento, en busca de otros sitios donde alimentar su magia y su poesía, dejándole huérfano y vacío. Igual que lo hiciera su hermano muchos años atrás, Ema también había salido de su vida sin explicaciones y sin retorno posible, envenenándole con la misma amarga sensación de fracaso, hiriendo sin piedad lo más noble de su alma.

Al abrir los ojos todo a su alrededor le pareció borroso. Alzó inconscientemente la mano a su rostro y lo notó húmedo. Recién entonces reparó en que estaba llorando.

¡Qué día aquél! Había reencontrado la risa y el llanto, tanto tiempo perdidos que ya creía olvidados. Parecían haber llegado conjurados por la presencia oscura y siniestra de aquel artefacto que ahora reposaba entre sus manos agarrotadas, sin que supiera en qué momento lo había tomado desde la mesa.

¿Cómo podía haberse engañado tanto tiempo, pensando que su vida estaba bien así; que no necesitaba nada más? Sentía el peso acumulado de años de soledad, soledad que le había domesticado para sí y con la cual convivía, en una entrega total, como si de una amante se tratase.

Sus dedos recorrían una y otra vez el arma que parecía tener imán, adhiriéndose dolorosamente a sus manos ¿Qué despertaba en él aquél frío contacto? ¿Qué desconocido poder la había convertido en la llave que gatillaba, incontrolables, los recuerdos y las sensaciones? Recuerdos y sensaciones que a lo largo de su vida había conseguido dominar, desterrar e incluso sepultar.... al menos hasta aquel día.

Ahora, en la semi penumbra de su mísera habitación, surgían fantasmagóricas, las imágenes de su pasado: el anciano padre, la indiferente madre, el hermano, rebelde y magnífico, los inexpresivos rostros morenos de sus compañeros de la mina, la humilde recolectora de los ojos ausente, el colérico supervisor y, finalmente...Ema.

Efraín intentaba, inútilmente, espantar aquellos espectros, hijos de su memoria, que se rebelaban tras años de silencio y sometimiento. Cuando creía que vencía en su titánica lucha, otro fantasma se irguió, con mucha más fuerza que los anteriores: solitario, mísero, absurdo, el burdo fantasma de sí mismo se alzaba despiadado frente a él, desquiciándole con su grotesca presencia.

Entonces, no se resistió más. Una vez más sus dedos acariciaron el arma reconociendo cada una de sus partes: el cañón, la nuez, el seguro... el gatillo.

Y alzando lenta y decididamente este letal estandarte de liberación, sin siquiera ponerse de pie, apuntó en la dirección donde el engendro de sí mismo parecía reírse balanceando la enorme deformidad de su espalda, y, sin dudarlo, disparó sobre él...

Recién había sonado el disparo cuando un sudor tibio y pegajoso bañó a Efraín: la bala había atravesado la débil madera de la puerta y, proveniente del exterior, sus oídos percibieron claramente un gemido ahogado y el ruido seco y definitivo de un cuerpo al caer.

Toda su absurda y descontrolada rabia se congeló en aquel instante; la razón volvía lentamente a su cerebro embotado y la sangre, al correr helada por sus venas, le volvió definitivamente a la realidad...pero también al horror. Una pregunta se abría paso en su cerebro, repitiéndose una y mil veces en un segundo ¡¿Quién estaba tras la puerta?! Y, ante esa interrogante, un chorro de agua helada pareció bajarle desde la nuca a través de la columna, provocándole un temblor irreprimible.

¿Quién? ¿Por qué? Y estas dos preguntas golpeaban en su mente con la cadencia de un tambor insistente y enloquecedor.

Efraín intentó calmarse respirando hondamente, mientras trataba de responder a estas interrogantes ¿Se trataría acaso del dueño del arma, quién le había seguido desde la plaza y ahora le espiaba para ver lo que haría con ella? ¿Estaría aún con vida? Su disparo había sido bajo – razonaba – solo la altura de un hombre sentado. Quizás solo había herido la pierna del desdichado. Pero, si era así ¿por qué no gritaba pidiendo ayuda? ¿estaría inconsciente? Tal vez se trataba de un niño pequeño, de aquellos que solían rondar su carro para intentar robarle algún caramelo y, simplemente, ya estaba muerto. ¡Muerto! ¡Se había convertido en un asesino! ¡Asesino!

Arrojó la pistola lejos de sí y con sus sudorosas manos se tapó el rostro; ¿qué veneno destilaba aquella arma que se había apoderado así de él, dominándolo hasta el punto de hacerle cometer tal atrocidad? Un sollozo quebró su pecho, pero fue rápidamente sofocado. Debía actuar, ver de quién se trataba, saber si aún vivía, ayudarlo si todavía era posible.

Tembloroso pero decidido se dirigió a la puerta; se detuvo aún un momento con el pomo de la cerradura en la mano. Controlando a duras penas el involuntario temblor que lo dominaba, abrió la puerta con fuerza. Afuera la lluvia se había convertido en débil llovizna que le salpicó el ardiente rostro levantado hacia el cielo. A pesar de su espalda y del dolor que le causaba, Efraín mantenía el rostro alzado hacia los oscuros nubarrones, evitando mirar el suelo y el horror que en él suponía. En su

mente se formaban visiones sangrientas y temblaba como una hoja, sintiéndose al borde de gritar pidiendo auxilio. ¡No era capaz de mirar!

Retrocedió y cerró bruscamente apoyándose en la agujereada madera, a punto de caer por el temblor incontrolable de sus piernas. ¡No había sido capaz de mirar! El torbellino de sus pensamientos le decía que habían pasado ya varios minutos, cada uno de los cuales era precioso si quién había sido alcanzado por la bala estaba aún con vida. Se percató del estado en que se encontraba y, avergonzado, se preguntó donde estaba el “Sansón Saack” que tan virilmente había arriesgado la vida para salvar la de sus compañeros. Ahora era solo un bulto empequeñecido que se contorsionaba, sollozante, cerca del suelo, como una lombriz asustada.

¡Al fin se veía como era; cómo había sido siempre! Un gusano asustado: asustado de vivir. De rodillas en el suelo le parecía que esa siempre había sido su postura frente a la vida. Por eso su espalda se había curvado hacia el suelo como un símbolo del lugar al que realmente pertenecía.

Mientras así deliraba su cuerpo se balanceaba atrás y adelante en un movimiento demencial e imparable. Los objetos cotidianos se habían convertido en dedos acusadores apuntando hacia él: “¡Cobarde!” le gritaban unos; “¡Asesino!”, agregaban otros, y su vista, enloquecida, tratando de esquivar a unos y otros, medía una y otra vez la habitación en todos los sentidos.

Fue en uno de estos recorridos que la vio, semi oculta bajo la cama donde la había arrojado su pánico. La misma causante de su desgracia parecía ahora responder a su desesperación. Era la única que no lo acusaba; más bien parecía pronta a prestarle ayuda. Su hipócrita cañón le sonreía y su enjuto cuerpo de criminal lo invitaba a tomarla, insinuante, provocativa.

Desde el suelo el hombre la observó con devoción. ¿Objeto de su culpa? ¡No! ¡Qué injusto! Ella era más bien el hada de su salvación.

La cogió, y a su contacto la paz volvió lentamente a él. La acercó a su boca y, con ella en los labios, llegó incluso a sonreír. La sentía como una amante en cuya cercanía todo desaparece, salvo su consoladora presencia. Y al fin era suya.

Lenta, suavemente, paladeando segundo a segundo el placer de ese momento, dirigió el arma a la altura de su sien. El beso helado en su frente calenturienta le terminó de trastornar y, profundamente feliz y libre al fin, cerró los ojos y disparó.

A los vecinos le causó gran extrañeza el suicidio de aquel hombre al que tan poco conocían, pero al que todos consideraban incapaz de un acto así. Pero a la policía, siempre en busca de relacionar hechos, le causó aún más extrañeza el cadáver del enorme perro negro que se encontró en la puerta de la humilde casa y al que, sin duda, había dado muerte el mismo suicida.

Pero los vecinos, con la natural curiosidad que estas situaciones despiertan, querían contemplar por última vez al vendedor de golosinas y también, como sugirió una anciana piadosa, “rezar un rosario por el eterno descanso de su alma”; y como el perro molestaba para estos efectos y era obvio que no daría ninguna luz sobre el asunto, tomaron su cadáver y lo entregaron al camión de la basura.